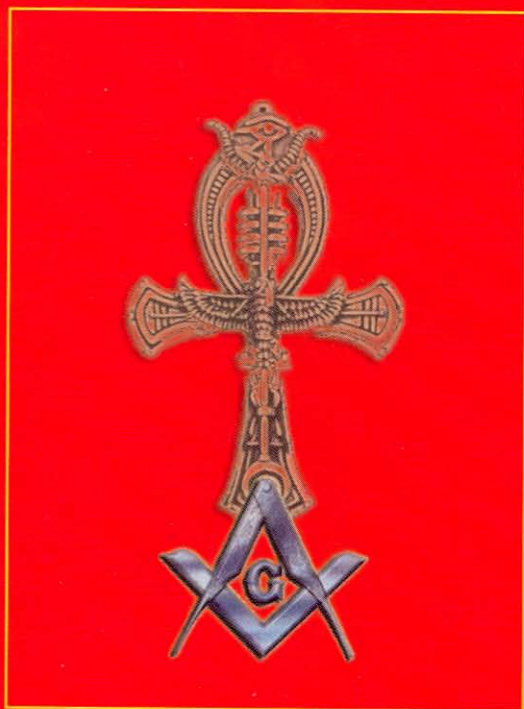


LOS LIBROS DE LA
EGIPTOLOGÍA

MASONES, OCULTISTAS Y EGIPTÓLOGOS

Continúa la investigación que iniciamos en el libro "Un fraude llamado Tutankamon". Tras el hallazgo de una extraña espada del Instituto Egipcio de Napoleón con símbolos egipcios y masónicos rastreamos a los miembros de dicha institución hasta llegar a un suceso inquietante.



**La increíble historia de los orígenes
de la egiptología**

Masones, Ocultistas y Egiptólogos

El arca de papel  Editores

© 2003, Jose Antonio Solís
© 2003, El arca de papel Editores, s.l.

Torreiro 13-15, 6º F
15003 La Coruña - España (Spain)
www.arcadepapel.com
Correo Electrónico:
info@arcadepapel.com

ISBN: 84-9765-110-3
Depósito Legal: M-39248-2003
Imprime: Team Press S.L.

Diseño de portada, infografía y maquetación: Equipo de la
editorial

Impreso en España - Printed in Spain
Impreso en UE - Printed in EU

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro medio, sin el permiso previo de forma escrita de la editorial

El arca de papel  **Editores**

Indice

Prólogo	5
El poder egipcio de la seducción	7
El legado faraónico: del Temple a la Masonería	13
Cagliostro y la masonería egipcia	26
Napoleón y la iniciación egipcia	36
¿Qué veían los masones en la religión egipcia?	41
Historia del Rito de Misraim y del Rito de Memphis	44
La hostil y poco sospechosa España	48
Carnarvon y la carta de Egipto	55
Epílogo	62

NUNCA SE INSISTE DEMASIADO EN EL HECHO DE QUE LO REAL SUELE SUPERAR A LA FICCIÓN

Los hechos y la investigación que narramos parecerían de auténtica novela, pero así sucedieron hace escasos meses y así los contamos. Ya en otro libro anterior contamos como buscando una antigua espada entre anticuarios ingleses, encontramos casualmente otra de los años finales del siglo XVIII con una figura de Isis en la empuñadura. Sin duda se trataba de una de las míticas armas del Instituto Egipcio que Napoleón, en persona, fundó en el Egipto que acababa de conquistar, abriendo así las puertas al nacimiento de la moderna egiptología y un descomunal interés, casi frenesí, entre las multitudes de espiritistas, ocultistas y también de sabios y estudiosos de toda Europa. Lo que nos llevó a plantearnos preguntas sobre las evidentes incógnitas de la extraña expedición de Napoleón a Egipto. Decimos extraña porque actuó siempre como si llevara un plan preconcebido sobre una ciencia que aún no existía (al menos oficialmente) la egiptología.

Lo que era una campaña militar se convirtió en el inicio de esta ciencia y en la popularización de la misma. Pero volviendo a la extraña expedición, y decimos extraña por que no es normal incluir en una operación militar la ingente cantidad de científicos de múltiples especialidades que el futuro emperador agregó a sus tropas con un evidente y deliberado fin ¿Cuán era el mismo? ¿Qué buscaba?

Esos fueron los primeros pensamientos que se nos ocurrieron estimulados ante la vista de aquella reliquia que estaba ante nosotros, Pero... había más.

Y lo había realmente. los símbolos y disposición, incluso la estética, de los adornos de la espada denotaban una influencia masónica.

Ese sólo fue el comienzo que nos llevó a revivir la apertura de las primeras tumbas faraónicas, a hablar con el último descendiente del Lord Carnarvon "descubridor" de la tumba de Tutankamon, su bisnieto... Pero no adelantemos.

Desde los inicios de la egiptología como ciencia el descubrimiento de tumbas y sus momias cautivó la imaginación de los arqueólogos y de la multitud de aficionados que surgieron por doquier. Autores como Bran Stoker (el que convirtió la historia real de Vlad Drakul en la leyenda de Drácula) ayudaron a crear la leyenda de las momias vivientes y la presunta "maldición de los faraones" que enardeció a las sociedades ocultistas, a las que de este modo ayudó a hacerse populares. Los conocidos sucesos que siguieron al descubrimiento de la tumba de Tutankamon parecían dar credibilidad. Pero dicho descubrimiento, tan vital para difundir la egiptología entre el gran público y el más sensacional hallazgo hasta ahora no era ni casualidad ni un primer acercamiento de esa dinastía de lores a la egiptología. Los Carnarvon no era la primera vez que se interesaban por esa ciencia. Nada menos que una rocambolesca historia de espionaje y contactos con masones franceses procedentes de la expedición de Napoleón se produjo ya entre un antepasado del mecenas de Carter y unos enigmáticos personajes... en la España de Fernando VII.

¿Qué hubo de racional y verdadero entre tanta fantasía y alucinación?

Hoy, aunque parezca mentira, a la luz de las últimas investigaciones veremos que no todo eran imaginaciones y que unas sorprendentes posibilidades se abren ante nosotros, por supuesto nada de magia ni poderes ocultos, pero no por ello menos inquietantes.

Veremos que la egiptología no es una ciencia tan moderna, que ya había "conocimientos" anteriores transmitidos de forma un tanto misteriosa o, si preferimos decirlo así, poco ortodoxa. Una concatenación de sectas masónicas, de ocultistas... hasta llegar a los verdaderos egiptólogos. Elementos extraños que nos abren puertas de incógnitas a la vez que nos retrotraen a los mismo orígenes y motivos de las enigmáticas e inquietantes organizaciones masónicas y hasta al motivo de su misma existencia.

Todos los sucesos que se narran en este libro, volvemos a insistir, fueron absolutamente reales. Otra vez, la realidad supera a las mayores fantasías.

EL PODER EGIPCIO DE LA SEDUCCIÓN

Si se le pregunta a un guionista de Hollywood cuáles son los ingredientes necesarios para realizar una película exitosa, posiblemente nos contestará que debe incluir necesariamente algo de romanticismo, intriga, acción, sexo, violencia y misterio; es decir, los componentes principales de cuantas fábulas y mitos vienen fascinando al hombre desde Homero hasta Shakespeare, desde el Mahabharata a Blade Runner. Y es que hay temas que siempre funcionan, como si nuestro cerebro hubiese sido fabricado en función de esos parámetros. Se trata de conceptos arquetípicos que, al igual que esas piezas de encajar (estrellas, cuadrados, círculos y triángulos) que manejan los niños en las guarderías, parecen encontrar a nuestra mente predispuesta para admitirlas antes que a otras.

A lo largo de la historia humana hay pocos fenómenos que se puedan considerar mágicamente recurrentes, produciendo una infatigable fascinación cada vez que se alude a ellos, como si su sola mención produjese un efecto automático de embelesamiento que nos seduce en lo más profundo al igual que un dulce recuerdo que creíamos olvidado. Uno de esos inevitables objetos del deseo es el Egipto faraónico. Cada vez que leemos un titular en un periódico o revista, cada vez que observamos una película o un documental en la televisión relacionado con el maravilloso país del Nilo, inmediatamente nos sentimos atrapados por algo que nos resulta extraño pero a la vez íntimo; una atracción interior que nos clava al sillón o a la butaca predisponiéndonos como si fuésemos a asistir a un espectáculo de

prestidigitación. Porque si algo en este planeta es sinónimo de Magia, de Misterio, de Sabiduría ancestral, eso es precisamente la tierra donde se alzaron las fastuosas pirámides, donde se ocultaron las tumbas más bellas y los tesoros más fabulosos. La nación de Egipto cuyos dioses eternos perviven bajo nuevas apariencias en nuestras religiones actuales, transmitiendo su mensaje sobrenatural surgido a orillas del río de la Vida.

Uno de los responsables de que millones de personas en todo el mundo, durante más de dos siglos, se sientan cautivadas por todo lo relacionado con el pasado de los egipcios fue Napoleón Bonaparte. quien el 19 de mayo de 1798 partió de Toulon decidido a conquistar el país de las pirámides con una armada de 200 navíos en la que viajaban 35.000 hombres, incluidos 21 matemáticos, 17 ingenieros civiles, 13 naturalistas e ingenieros de minas, 3 astrónomos, 4 arquitectos, 8 dibujantes, y 10 hombres de letras. Entre ellos también viajaba, Dominique Vivant Denon, un dibujante y grabador que con la publicación en 1802 de su "*Voyage dans la Basse et la Haute Egypte pendant la campagne du général Bonaparte*" mostraría todo un mundo nuevo y exótico a las mentes europeas, que caerían rendidas por la fascinación; como lo prueban los innumerables obeliscos que, a partir de aquella fecha empezarían a levantarse sobre las plazas de las capitales europeas. Una fascinación que también alcanzaría a la ornamentación de fachadas e interiores, a la moda e, incluso, al arte y la literatura. La ópera y el cine permitirían que muchos experimentasen, casi de primera mano, los fulgores de aquella civilización; aunque muchos otros no se conformaban con aquellos magníficos simulacros, y para ellos, en 1870, la agencia de viajes Thomas Cook inventaba el crucero por el Nilo. En 1922, el descubrimiento por Howard Carter y lord Carnarvon de la tumba de Tutankhamon y los misterios que rodearon al mismo pondrían a Egipto, definitivamente, en el centro de todas las miradas. Había nacido la Egiptología.

Lo cierto es que ya desde muchos siglos antes los hombres habían sentido esa atracción irreprimible, esa poderosa magia que les seducía, haciéndoles caer rendidos ante su ancestral cultura y religión. Persas, griegos y romanos, fueron conquistados –antes que conquistadores– por el mágico hálito de aquella tierra divina, sucumbiendo a su teología, a su estética, y a su manera nos la transmitieron, haciéndonos sentir el poder hipnótico de esa cultura. El hechizo era demasiado poderoso y no es de extrañar que cientos de hombres y mujeres sucumbieran ante ese esplendor, abandonando sus comodidades europeas, su cultura, su idioma e incluso sus vidas, para desentrañar los secretos de la Verdad más auténtica y originaria que yace enterrada bajo las abrasadoras arenas del desierto. La egiptología sería la encargada de encauzar esa pasión por la cultura faraónica egipcia con parámetros científicos.

Egipto es un país antiguo. En realidad, ya lo era cuando Moisés cruzó el desierto, cuando Alejandro Magno tras conquistarlo bautizó a una de sus más esplendorosas ciudades con su nombre o cuando Julio César y Marco Antonio se rindieron a los encantos de Cleopatra. A nadie dejaron indiferentes sus monumentales construcciones y ni los guerreros más brutales lograron atravesarlo indiferentes a su misterio. Los propios egipcios fueron los primeros en desarrollar ese interés arqueológico por su pasado: en las últimas dinastías, muchos de sus sabios se dedicaron a investigar la historia y narraciones antiguas, volviendo sus ojos a la tradición, llegando incluso a restaurar algunos monumentos.

Atraídos por aquel caudal de sabiduría y belleza, sabios venidos de otras tierras mostrarían un vivo interés por su historia, como el griego Herodoto que viajó por el país de Norte a Sur hasta Asuán, entre incrédulo y apasionado por las explicaciones que los sacerdotes egipcios daban sobre tanta maravilla..

Cuando los romanos incorporaron Egipto a su imperio, no se limitaron simplemente a reflexionar sobre sus portentos; más prácticos o más ambiciosos lo convirtieron en la cantera de la que exportar diversos monumentos. De esta forma, la Roma de los césares llegó a contar con un buen número de obeliscos, cuando no utilizó fragmentos de los monumentos egipcios para sus propias construcciones.

Pero no todos eran tan civilizados. La victoria del Cristianismo supondría la persecución y destrucción de todos los símbolos religiosos paganos, incluyendo, naturalmente, todo lo relacionado con la civilización egipcia. Naturalmente, los obeliscos entraban dentro del lote y dieron buena cuenta de ellos; aunque nadie haya sabido explicar hasta ahora porque se libró de la destrucción, precisamente, el que se levanta frente al Vaticano. No obstante, los ingentes esfuerzos cristianos por borrar toda huella del pasado egipcio (tal vez porque la nueva religión le debía mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir a los adoradores de Osiris), se toparon con un obstáculo insuperable: la estrecha vinculación de Egipto con la historia bíblica, sobre todo en lo que concernía a la historia de los judíos, en puntos tan controvertidos como el Éxodo.

El espíritu de Egipto se empeñaba en no desaparecer, renaciendo en cada siglo y ocasión bajo los más inesperados disfraces. Así, un milenio después, volvería a introducirse en Europa oculto bajo las armaduras de los cruzados que regresaban de Tierra Santa, como fue el caso de los Templarios; de los que hablaremos más adelante.

Ya en pleno Renacimiento europeo, el afán de los traductores volvería a poner la cultura egipcia en la palestra, en la medida en que los textos griegos y latinos que estudiaban estaban plagados de testimonios sobre aquella antigua civilización. En el siglo XVII, obras como la del reverendo Athanasius Kircher, (experto conocedor del copto que intentó sin conseguirlo descifrar la escritura jeroglífica), alimentaron igualmente el interés de los estudiosos hacia Egipto. Producto de ello fue la cada vez mayor afluencia de viajeros a las tierras del Nilo. Más

movidos por la curiosidad que por la religión o el comercio, aquellos hombres descubrieron al mundo de entonces ciudades como Tebas, las pirámides de Giza y sus monumentos circundantes, sin olvidarnos de un hallazgo entre terrorífico y milagroso: las momias.

De todas formas, el impulso decisivo se produciría a consecuencia del descubrimiento de una lápida bilingüe, escrita en jeroglífico, demótico y griego, hallada por un teniente del ejército napoleónico, la mundialmente célebre Piedra de Rosseta. Este texto clave pasó a poder de la Gran Bretaña como botín de guerra, y fue destinada al Museo Británico, pero una copia cayó en manos de un sabio diplomático sueco, Akerblad, quien logró identificar los nombres propios del texto demótico, por comparación de los que se leían en el griego. Aquello dejaba de lado la vieja convicción de que los jeroglíficos eran una escritura puramente simbólica, aunque erróneamente Akerblad creyó ver simplemente una representación fonética. El avance siguiente vendría de la mano del inglés Young, quien observó con acierto que en demótico había algunos signos no explicables fonéticamente, a la vez que intuyó que el sistema jeroglífico coincidía con el demótico en estructura y que los cartuchos contenían nombres reales, llegando a leer algunos. Aquello era un gran paso, pero faltaba el salto definitivo.

Por la misma época (nos referimos a 1820), el francés Jean François Champollion empezaba a trabajar en el desciframiento de la Piedra de Rosseta. Comparado con sus predecesores tenía indudables ventajas, tales como una mejor preparación lingüística, especialmente en copto, verdadera lengua clave para el desciframiento, (ya que era el mismo idioma egipcio transcrito a caracteres griegos y se conservaba como idioma litúrgico en las iglesias ortodoxas), así como en conocimientos generales sobre Egipto, fundamentalmente sacados de los autores clásicos. A todo esto unía una prodigiosa capacidad de análisis y una intuición a prueba de fallos. A él se debe el desciframiento de la escritura del antiguo Egipto, al establecer la estructura exacta del

sistema jeroglífico en sus auténticas dimensiones, demostrando que el sistema de traducción de las escrituras contenidas en la Piedra de Roseta, pertenecientes a la época tolemaica y grecorromana, era válido también para la época egipcia clásica. El 29 de septiembre de 1822 escribía su famosa "*Lettre a M. Dacier relative a l'alphabet des hiéroglyphes phonétiques*", complementada dos años más tarde con el "*Précis du systheme hieroglyphique*". Tras sus pasos vendrían otros nombres fundamentales para el avance en el conocimiento de los textos, como R. Lepsius, H. Brugsch, Erman, Maspero y Griffith; y, como consecuencia, la posibilidad de hacer una historia coherente de Egipto, de la que se encargarían personajes como E. Meyer, F. Petrie y H. Breasted.

Egipto había dormido un sueño de milenios hasta que aquellos hombres consiguieron a despertarlo. Fue una época de audacia y de peligros, de afrontar el pánico en pasadizos oscuros y de reptar sobre montañas de momias. Y sus protagonistas aunaron muchas veces en sus personas al idealista y al avaricioso, al místico y al estafador, al aventurero y al loco. Una época donde las arenas del desierto ocultaban los tesoros, pero también las intenciones de sus buscadores.

Ciertamente, no podemos descargar todo el peso del origen de la moderna egiptología en el puro entusiasmo científico o comercial. Buena parte de la fascinación desatada por Egipto hay que atribuírsela por igual al inusitado interés de grupos secretos como los Masones. Una oscura de alianza entre los franceses napoleónicos y los masones ingleses, llevaría a los ocultistas de uno y otro bando a jugar un papel decisivo en la popularización de lo que llegó a ser más una moda que una ciencia. Esto, aunque desconocido, es pura Historia. Una historia que formaba parte de unos orígenes anteriores, con saberes transmitidos a través de los siglos a los que no fueron ajenas órdenes de caballería tan misteriosas como los Templarios.

EL LEGADO FARAÓNICO: DEL TEMPLE A LA MASONERÍA

En las cercanías de Asuán, en la región llamada Nubia, al sur de Egipto, existe una isla situada en el centro del Nilo conocida hoy como Philae ("Isla del tiempo de Ra" para los antiguos egipcios). En esta isla se erige un templo dedicado a la diosa Isis (o Hathor) y era, en tiempos de las Cruzadas, el único emplazamiento en donde se seguían realizando los antiguos cultos de los tiempos del Egipto faraónico.

Según narran las crónicas legendarias, en una de sus incursiones por el país, los Caballeros Templarios ascendieron aguas arriba por el Nilo y alcanzaron esta isla. Seducidos por la belleza y la paz espiritual que emanaba el lugar, asistieron al culto a la antigua diosa y descubrieron que no era tan diferente de los viejos cultos que todavía latían clandestinamente en la lejana Europa, por lo que terminaron adaptándolo posteriormente a sus propias creencias, de la misma forma en que muchas de las diosas autóctonas de sus lugares de nacimiento habían sido transmutadas por la Iglesia en la figura de la madre del Mesías. El Cristianismo llevaba siglos impuesto en Europa, pero estos guerreros no eran del todo ajenos a la supervivencia de ciertos cultos y tradiciones y, amparados por la menor presión de la Iglesia romana en la lejanía de Oriente, no encontraron muchos impedimentos para dejarse influenciar por lo que parecía provenir de una antigüedad mucho más remota. Al fin y al cabo, la figura de la Virgen maría tampoco gozaba de demasiada buena prensa entre la curia romana.

Producto de esta asimilación del Templo de un culto que llenaba el vacío existente, por aquella época, de la devoción al principio femenino (presente en todas las demás religiones) fue la proliferación a

su vuelta de las cruzadas de imágenes de vírgenes negras en la mayoría de los templos que construyeron, como evocación a la ancestral diosa madre-tierra Isis.

Sin embargo, los Templarios se encontraron con que la adoración de una deidad pagana suponía una herejía, por lo que se enfrentaban a graves sanciones y penas en caso de ser descubiertos. Esto obligó a los miembros del Temple a ser muy cautos. Sabedores de que no podían equiparar a Isis con la Virgen María, ya que no podían existir dos vírgenes, decidieron inventar la figura de "Nuestra Señora de..." y adorar a la diosa egipcia bajo la imagen de una "virgen negra", apariencia que se ha mantenido hasta nuestros días y cuyo culto, bajo distintos nombres, se haya aún vigente en muchos lugares de la geografía europea, como la Notre Dame de París. De esta forma, los Templarios consiguieron llevar adelante su culto y endosárselo a la Iglesia Católica, incapaz, en teoría, de descubrir el sutil engaño.

Esto suponía el establecimiento de un hilo directo con la religión egipcia y, no es de extrañar que, junto a la figura de la diosa, otras muchas tradiciones del país faraónico pasaran a formar parte del bagaje herético que los Templarios transmitieron a otros grupos heterodoxos en la Edad Media. Todo un conjunto de conocimientos prohibidos que eran la prueba fehaciente de una continuidad de la tradición esotérica a través del tiempo. En Egipto habían descubierto el origen milenario de muchos de los conceptos religiosos que la Iglesia cristiana había suprimido, y aquello suponía algo parecido a encontrar la partida de nacimiento de lo que hasta ese momento se consideraba como un simple mito producto de la superstición. Lo pagano había encontrado su razón de ser y aquel conocimiento, aunque peligroso, no podía perderse, sino ser transmitido para no volver a perderlo. Receptores torpes de una verdad que les venía demasiado grande para su talante guerrero, los Templarios se limitaron a traspasarla como quien cuenta la aventura de su último viaje; y un exceso de comedimiento, envuelto en la tendencia al secretismo de la época, les supuso una acusación de herejía y la

disolución de la Orden. ¿Pero, realmente desaparecieron o adoptaron otra identidad para seguir protegiendo al conocimiento secreto?

Mucho se ha escrito sobre una supuesta continuidad clandestina de la Orden del Temple desde su supresión en la segunda década del siglo XIV. Al parecer, numerosos investigadores opinan que, si no como tal Orden del Temple estructurada y organizada, muchos fueron los templarios que sobrevivieron, que tuvieron diferentes destinos, e incluso está probado que gran parte de ellos ingresaron en nuevas órdenes militares creadas ex profeso para recibir los bienes y caballeros templarios, como la orden de Montesa en el reino de Aragón y la de Cristo en Portugal. Pero independientemente de estas evidencias, lo que suscita mayores controversias es la posibilidad de una continuidad ininterrumpida y secreta de la tradición templaria a través de la Francmasonería.

Una de las más controvertidas pruebas que se esgrimen sobre esa transmisión entre el Temple y la Masonería es la que se basa en la tradición jacobita. En su "Historia de Francia" el abad Velly narra que cuando los cuerpos de los maestros templarios, Jacques de Molay y Geoffrey de Charney, quedaron completamente carbonizados tras ser quemados en la hoguera, el pueblo de París se abalanzó hacia los restos, a pesar de que permanecían allí algunos guardias, *"y recogió ceniza de los mártires para llevársela como una preciosa reliquia. Todos se persignaban y no querían oír nada más. Su muerte fue bella, y tan admirable e inaudita, que todavía hizo más sospechosa la causa de Felipe "el Hermoso..."*

Estaba claro que los templarios habían caído en la trampa del codicioso rey francés; pero no todos sufrieron tan fatal desenlace. Según un documento que a decir de Michel Lamy cabe fechar hacia 1745, *"los templarios que escaparon al suplicio abandonaron sus bienes y se dispersaron, unos se refugiaron en Escocia, otros se retiraron a lugares apartados y escondidos donde llevaron una vida de ermitaños"*. Hay pruebas más que notorias de que esto fue así, pues está más que constatado que la flota templaria del Mediterráneo, y sin duda una parte de la del Atlántico

también, se refugió en Portugal y España, siendo luego recuperadas para las órdenes de Cristo y Montesa respectivamente. Otra parte de la flota, si nos atenemos a los testimonios del Maestre de Escocia, Walter de Clifton, y de otro Caballero Templario, William de Middleton, habría zarpado, al mando del comendador de Ballantrodoch "allende la mar" y con rumbo desconocido... ¿Escocia?

De lo que no cabe ninguna duda es de que los templarios hicieron de Escocia uno de sus principales refugios tras la disolución oficial, seguramente por que allí no alcanzaba la autoridad de Roma, al haber recaído en aquella época sobre el país un interdicto papal que situaba al rey, los nobles y los villanos en condición de excomulgados.

Los actuales caballeros templarios de Escocia, que se dicen descendientes de aquellos fugitivos, celebran a las afueras de Edimburgo, en la capilla de Rosslyn - foco de los francmasones modernos -, los aniversarios de la batalla de Bannockburn, acaecida el 24 de junio de 1314. En esta batalla, en la que Roberto I (Robert Bruce) derrotó definitivamente a las tropas de Eduardo II de Inglaterra (yerno de Felipe IV "el Hermoso" de Francia), el rey escocés contó con el apoyo de un contingente de 432 templarios, entre ellos sir Henry St. Clair, barón de Rosslyn y sus dos hijos Henry y William. Este último murió más tarde en España junto a otros caballeros escoceses, atacando a los musulmanes, cuando llevaba el corazón del rey Bruce (que había muerto en Cardross víctima de la lepra) para enterrarlo en Jerusalén.

Sería con la anulación en 1329 de la excomuni3n a Robert Bruce - tras los intentos que el monarca escocés había hecho por recibir el perd3n de la Iglesia, evitando con ello que pudiera haberse organizado una cruzada contra su pa3s como la que se lanz3 contra los herejes c3taros del Languedoc -, que el rey solicit3 a los templarios que se convirtiesen en una organizaci3n secreta, la cual dar3a origen a las posteriores fraternidades mas3nicas.

Para recompensar el valor de los templarios en la batalla de Bannockburn, Bruce fund3 la Real Orden de Escocia, de la que el rey

sería Gran Maestre soberano y los Saint Clair Grandes Maestres hereditarios. Esta Real Orden de Escocia todavía hoy existe en secreto, pues el cargo de gran maestre sigue teniendo carácter real. Muchos destacados templarios escoceses entraron a formar parte de Real Orden, entre ellos el que por entonces era Maestre del Temple en Escocia.

Simultáneamente, Robert Bruce habría elevado de categoría a la Orden de Kilwinning del Heredom (es decir, del "asilo" o "refugio"), que según la tradición era la primera logia escocesa de los canteros que habían construido la abadía de Kilwinning en tiempos del rey escocés David I, generoso benefactor de los templarios, y que se transformó en la Gran Logia Real del Heredom, la principal logia de Escocia, situada junto a la antigua abadía de Ayrshire. La familia Saint Clair de Rosslyn presidía sus asambleas anuales, en su papel hereditario de protectores del rey y del príncipe heredero, y también como vecinos poderosos y amigos de los templarios, que tenían su cuartel general en Ballantrodoch. Estas órdenes absorbieron a la proscrita Orden del Temple, y sus doctrinas secretas se convertirían en las prácticas de los masones posteriores.

Las mismas tradiciones nos hablan que a la cabeza de los siete templarios que se refugiaron en una isla de Escocia para contactar con el comendador escocés George de Harris se encontraba el caballero Pierre d'Aumont, del que se decía fue Preceptor de Auvernia y sucesor directo de Jacques de Molay. D'Aumont, que más tarde fue nombrado Maestre de los templarios de Escocia durante el Capítulo extraordinario celebrado el día de San Juan de 1313, habría velado los rituales templarios tras los símbolos de la masonería y habría hecho que los miembros del Temple escocés se hicieran pasar por "masones libres" o francmasones.

Existe otra versión de esta tradición en la que Pierre d'Aumont habría sucedido al frente del Gran Maestrazgo templario al conde François de Beaujeau, a quien Jacques de Molay antes de su suplicio habría encargado la misión de hacer revivir la Orden y continuar su

labor. El conde de Beaujeau no sólo habría restablecido la Orden, sino que fue el depositario del tesoro y los secretos templarios.

De una u otra manera, parece ser que en 1361 la sede de la Orden habría sido establecida en Aberdeen, para luego expandirse nuevamente por toda Europa bajo el velo de la Masonería. Es muy posible que las tradiciones templarias se perpetuaran en esta región. No parece casualidad que la fundación de la masonería especulativa en Inglaterra se deba a la dinastía escocesa de los Estuardo.

Actualmente, es la Gran Logia de Inglaterra la que sustenta los más importantes grados masónicos, que se hallan asimismo presentes en las demás obediencias. Estos grados, que son las divisiones en que se jerarquiza la masonería, se clasifican a su vez en varias clases. Es en estos ritos donde encontramos un templarismo vigente en los grados masónicos, ya que entre el grado 15 y el 30 se muestran innumerables rasgos relacionados con los Caballeros Templarios y el Templo de Salomón. Así por ejemplo, tenemos que los grados 16 y 17 se denominan respectivamente "Caballero de Jerusalén" y "Caballero de Oriente y Occidente"; el 27 es el grado del "Gran Comendador del Templo", que resalta la potestad suprema del Maestre sobre la orden templaria; y el grado 30, titulado "Caballero Kadosch" se refiere a la venganza del Temple hacia la corona francesa y el papado, responsables de la desaparición de la Orden.

Pero no terminan ahí las coincidencias. Dentro de esta Gran Logia inglesa encontramos lo que pretende ser un vínculo directo con los monjes-guerreros medievales: una Orden de Caballeros Templarios. Para ingresar en esta Orden masónica del Temple se hace requisito necesario poseer el título de Maestro Masón del Tercer Grado. Esta orden representaría la prueba definitiva de la supervivencia de los Templarios bajo el manto oculto de la masonería. Pero como casi todo lo que rodea al Temple, es algo que todavía está por demostrarse de manera definitiva.

Como es lógico, debemos aclarar que esta relación entre Templarios y Masones viene de más antiguo. La masonería sería la heredera de las antiguas organizaciones profesionales de constructores o albañiles libres o "francos" (*franc-maçons* en francés, *free-masons* en inglés), que gozaban de franquicias y privilegios otorgados por los reyes y la Iglesia. Estas cofradías de albañiles existían ya en el siglo XIII y poseían un carácter religioso, incluida una iniciación ligada al oficio. Hacia el siglo XIV ya se utilizaba la palabra "lodge" (logia) para designar los lugares de reunión de los artesanos del oficio. Origen artesano que queda puesto en evidencia por los objetos simbólicos que configuran el mundo ritual y conceptual de la masonería moderna: compás, escuadra, nivel, plomada, mazo o martillo, paleta, mandil, columnas, piedra angular, etcétera.

Prueba del carácter hermético de tales asociaciones artesanas es el manuscrito Halliwell, donde se recomendaba al cantero que mantuviera el secreto: "*Lo secreto de la cámara no lo digas a nadie, Ni nada de lo que hagan en la logia*"; pero lo son más aún los textos masónicos más antiguos que establecen la fundación de la primera logia masónica en el lado occidental del Templo de Salomón, donde el arquitecto Hiram había levantado dos columnas de bronce.

Para los Compañeros constructores medievales, el Templo de Salomón era no sólo el símbolo de su oficio, sino la cumbre de la sabiduría, y consideraban que los maestros que habían intervenido en su construcción eran "iniciados" en todos los misterios que la Divinidad había tenido a bien revelarles, y ejemplos a seguir si se quería alcanzar la perfección. Al parecer la palabra logia procede del término "logia", que eran los lugares de reunión de los antiguos "Magistri Comacini", un misterioso gremio de arquitectos que vivían en una isla fortificada en el lago Como, en la época de la disgregación del Imperio Romano. Un rey lombardo habría otorgado ciertos privilegios a los "Comacini" en un edicto promulgado en el año 643, y parece ser que estos habrían

enseñado los secretos de la geometría sagrada y de los métodos de construcción a los constructores italianos de Rávena y de Venecia, y, a través de éstos, a los gremios artísticos y artesanos del Medievo.

La organización heredera en Francia fue conocida como la "Compangonnage" (el Compañerazgo), cuya primera reunión constatada fue en el siglo XII, con motivo de la construcción de la catedral de Chartres. Algunos se llamaban Hijos de Salomón, que fueron los encargados de erigir casi todas las catedrales dedicadas a Nôtre-Dame. Otras líneas del Compañerazgo fueron las del Maestro Santiago-Maître Jacques-, también conocidos como Compañeros del Deber, y la del Padre Soubisse, que fue una escisión de la del Maestro Santiago. Todos ellos eran los gremios de artesanos que construyeron las catedrales góticas mayores, dirigidos en ocasiones por maestros canteros cistercienses o templarios llamados Frates Solomonis.

Esta colaboración y convivencia entre la Caballería de los Templarios y el Compañerismo de Oficio de los Constructores produciría una corriente de doble sentido, que trasvasaría ritos, símbolos, conocimientos y experiencias en ambas direcciones, al servir todos ellos a la misma causa trascendente. El enriquecimiento por ello fue mutuo. Resulta evidente que la doctrina hermética egipcia influyó profundamente a los caballeros de la Orden del Templo de Salomón y, a través de éstos, sobre los masones (un documento medieval que todavía se conserva en París, el Leviticón, nos habla de las creencias que trajeron los templarios del Próximo Oriente); influjo que es notorio en las múltiples manifestaciones del simbolismo hermético que concurren en el arte constructivo medieval, que se concibieron en recuerdo de las antiguas religiones paganas de origen solar fundamentalmente, y cuya comprensión estaba sólo al alcance de unos pocos iniciados. Iniciados que, como los francmasones medievales, supieron velar y proteger sus conocimientos bajo el manto sutil del simbolismo constructivo.

Desde los inicios de la Orden del Templo, esta relación se verá reflejada en el hecho de que algunos templarios recibieron la iniciación

“compañeril” durante alguno de los grados de ascenso dentro de la fraternidad, cuando fueron requeridos a dirigir los trabajos de construcción o a ejercer de maestros para los aprendices. De tal forma, muchos de los templarios aunaron en su persona la Caballería Guerrera y el Compañerismo de Oficio, como es el caso de aquellos templarios que tras alcanzar el grado de Maestros Constructores y desarrollar una dilatada carrera ejerciendo como tales, merecieron la distinción de ser enterrados en la más emblemática edificación por ellos erigida.

Con la decadencia de la cultura medieval, el arte sacro de la construcción de templos sufrió una tremenda regresión, lo cual a su vez sumió en una profunda decadencia a las asociaciones de masones libres agrupados en torno a su oficio. No obstante, en las diversas naciones europeas, pero sobre todo en Inglaterra, donde las asociaciones de masones libres habían gozado de mayor fuerza, siguieron existiendo multitud de logias que, con muchas dificultades, en medio de un clima de luchas dinásticas y religiosas, trataron de preservar la herencia recibida del pasado. En 1717 cuatro de tales logias, integradas sobre todo por masones “aceptados” no vinculados al trabajo artesano, se reunieron en la ciudad de Londres y decidieron en esta ciudad fundirse para de ese modo construir una logia fuerte y unida capaz de disciplinar y centralizar la actividad masónica actual o “masonería especulativa”.

En la creación de la Gran Logia desempeñaron un papel fundamental dos personajes clave: el pastor presbiteriano James Anderson y el hugonote francés emigrado Jean-Théophile Désaguliers. El primero desarrolló una función de teórico y organizador, ocupándose de redactar las Constituciones, que se convertirían en el texto fundacional de la masonería moderna, mientras que el segundo asumió la función de propagandista de la nueva institución, que difundiría de manera entusiasta, sobre todo en Francia. Dado su carácter de pastores, Anderson y Désaguliers dieron a la Gran Logia una orientación claramente protestante, orangista y anticatólica.

Desde Inglaterra, la masonería se fue extendiendo al resto de Europa y del mundo. Pero el propósito unificador, centralizador y controlador que movió a la creación de la Gran Logia de Inglaterra no consiguió el éxito apetecido. A pesar de que la Gran Logia inglesa se otorgaba el derecho a legitimar el resto de las iniciativas masónicas, fueron surgiendo ramas que no se sometieron a sus directrices y funcionaron de forma independiente. Ese fue el caso del Gran Oriente.

Por otra parte, en París, tras una serie de conflictos internos y externos, se creó en 1773 el Gran Oriente de Francia, escindido de la Gran Logia de Francia, en el que la nobleza ocupó en un principio los cargos de mayor relieve. Con ello, tenemos ya las dos Obediencias o ramas principales de la Francmasonería, cuya influencia se iría extendiendo por todo el mundo. La Gran Logia se desarrolló sobre todo en los países anglosajones, mientras que el Gran Oriente consiguió una mayor difusión e implantación en los países latinos.

A mediados del siglo XVIII comenzó a perfilarse en Francia una importante corriente masónica que tendría gran trascendencia para el futuro: el escotismo. Es la rama conocida con el nombre de "masonería escocesa", caracterizada por su sistema de altos grados, la cual encontraría una favorable acogida sobre todo entre los regimientos irlandeses y escoceses integrados por seguidores de los Estuardos que tenían sus cuarteles en la nación gala. El escotismo comenzó con la publicación, en 1738, del célebre "Discurso de Ramsay", noble escocés, católico y jacobita (es decir, partidario de los Estuardos, Jacobo I y Jacobo II), exiliado en Francia.

Andrew Michael Ramsay, discípulo de Fenelón, el gran místico y escritor sagrado francés, obispo de Cambrai, es una de las figuras más fascinantes en la historia de la Franc-masonería. Entusiasta de la Edad Media, y en especial de las órdenes de Caballería, el aristócrata estuardista, sostuvo en su interesante Discurso que la masonería nació en Tierra Santa, habiendo sido creada por los cruzados como un ingrediente más en la grandiosa empresa de reconquistar Jerusalén y

reconstruir su sagrado Templo. Para Ramsay, el masón era el nuevo caballero de los tiempos modernos cuya misión insiste en construir una comunidad cristina universal por encima de las naciones, regida por Dios, basada en la hermandad y puesta al servicio del bien y de la verdad.

No es que Ramsay creara el sistema de los altos grados, como tantas veces se ha dicho, pero abrió con sus ideas el camino para el ulterior desarrollo de este sistema, de tanta importancia en la moderna masonería especulativa. Con sus propuestas de introducción de nuevos grados, por encima de los tres de la primitiva albañilería, Ramsay se proponía devolver a la masonería especulativa su profundo carácter espiritual, místico e iniciático, y contrarrestar a la tendencia protestante, moralista y antiesotérica, que le habían impreso Anderson y Désaguliers. Aunque no se puede decir que sus esfuerzos resultaran un fracaso, no se verían tampoco coronados por un éxito total: las propuestas fueron rechazadas por la Gran Logia, que se negó a admitir grados superiores a los de la iniciación artesanal.

En un clima social que buscaba lo exótico y misterioso, la masonería causaba verdadero furor. Abundaban las logias militares y eran numerosas las presididas por sacerdotes. La mayoría de los mosqueteros del Rey de Francia se agruparon en la logia L' Heroïsme . Y la misma familia real se hallaba estrechamente vinculada a la logias a través de múltiples lazos. Se calculaba que en 1784 había en Francia unas 800 logias dependientes del Gran Oriente y 170 dependientes de la Gran Logia. El número de masones franceses por aquella época debió oscilar entre 60.000 y 70.000.

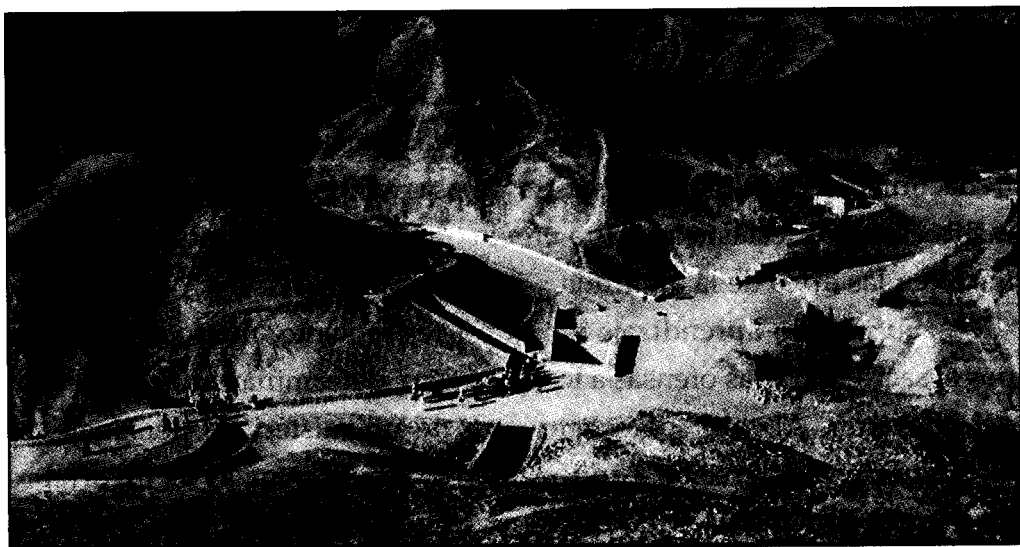
El paso de la ,antigua masonería operativa a la moderna masonería especulativa se traduce en un descenso de nivel, en una regresión y un empobrecimiento desde el punto de vista espiritual. Entre otras cosas, porque con la pérdida de su dimensión operativa se pierden también importantes aspectos de la tradición esotérica, preservada hasta entonces por las agrupaciones gremiales de artesanos.

El masón Marius Lepage llega a afirmar que es en 1717 cuando se inicia la decadencia de la masonería auténticamente tradicional. Como importante carencia se ha apuntado la deficiente cualificación de quienes formaron la Gran Logia de Inglaterra en 1717, pues ninguno de ellos – masones agregados, en su mayor parte – poseía todos los grados de la jerarquía operativa, razón por la cual en un principio sólo existían en ella dos grados, los de aprendiz y compañero. Aparte de esto, se acusa a Anderson y Désaguliers de haber llevado a cabo una labor de deformación y tergiversación de textos tradicionales masónicos y de haber destruido todos aquellos documentos antiguos de las agrupaciones masónicas operativas que no coincidían con sus propósitos de crear una institución de signo protestante. Los dos pastores responsables de la creación de la Gran Logia habrían aprovechado los quince años que van desde la muerte de Christopher (el constructor de la Catedral de San Pablo de Londres, último Gran Maestre de la masonería antigua), acontecida en 1702, hasta la creación de la Gran Logia en 1717, para realizar una labor desvinculadora. Desaparecieron así fórmulas muy arraigadas en los antiguos gremios, como aquellas que hacían referencia a la “fidelidad a Dios, a la Santa Iglesia y al Rey” como elementos capitales del espíritu masónico.

Ya no son albañiles, sino aristócratas y burgueses, que ingresan en las logias sirviéndose de todo el aparato ritual y simbólico acumulado en siglos de albañilería gremial. Desde el principio se aprecia en la masonería un excesivo gusto por lo secreto, rayano en la clandestinidad, que la hace sospechosa a los ojos del poder establecido, mientras en su seno la masonería va conformando un cajón de sastre de ideas y teorías que proponían, contra la guerra de religiones que había estragado Europa, la unificación de todas las ramas del cristianismo en un eclecticismo impregnado de deísmo y gnosis. Al Dios cristiano se le sustituye por un dios “Gran Arquitecto del Universo”; un dios trasunto del Demiurgo gnóstico que nada tiene que ver con el Dios cristiano, transformándose en una secta filosófico-religiosa que, poco a poco, se irá

apartando cada vez más de su cristianismo originario. En ese estado de permeabilidad el deísmo será penetrado por la gnosis, que desde los primitivos tiempos del cristianismo fue tan combatida por los Padres de la Iglesia. Será en el siglo XVIII cuando la masonería empiece a reivindicar el legado de la sabiduría egipcia, los alquimistas, y también el que aportan los presuntos herederos del catarismo y de la Orden del Temple.

Uno de los mejores ejemplos de este tipo de desviaciones será el singular personaje del Conde de Cagliostro.



El Valle de los Reyes.

CAGLIOSTRO Y LA MASONERÍA EGIPCIA

Se ha pretendido buscar a la masonería un origen mucho más remoto del que seguramente tiene, quizá por ese afán de remontar todo lo esotérico a Egipto, Mesopotamia y Grecia. No obstante, en el que sería el documento más antiguo de la masonería, el Manuscrito Regius (datado hacia 1390), es donde se establece la fundación de la masonería en Egipto por Euclides. Quizás, inspirado en esa creencia el alquimista, hechicero, mago y estafador, Conde de Cagliostro pasó a la historia de la masonería como el iniciador de una de las corrientes más delirantes dentro del agitado mundo esotérico del siglo XVIII.

Giuseppe Balsamo, su verdadero nombre, dio sus primeros pasos en la empobrecida Albergaria, un miserable suburbio de Palermo, Italia. Albergaria, poseía un pintoresco seminario que alojó a Cagliostro hasta su fuga a los doce años. La corrupta estructura eclesiástica del Renacimiento permitía toda suerte de aberraciones dentro del seno de instituciones eclesiásticas y fue en el convento de Benfratelli donde se inició en las artes de la alquimia.

Su pésimo aprendizaje y su carácter violento, unido a la afición por el sacrilegio y las ofensas a los religiosos, determinaron su expulsión del convento. Al salir, por sugerencia de un misterioso personaje, se dirige a Roma. Allí recibe, supuestamente, las enseñanzas de un orfebre "iniciado" llamado Marano que le permitieron ser aceptado por unos misteriosos "maestros" que prosiguieron su instrucción en la magia. Mientras tanto, para mantenerse ejercía de proxeneta llegando a superar en poco tiempo la miseria en que había vivido hasta entonces.

Obsesionado por avanzar en el conocimiento de las prácticas esotéricas, decide viajar a Constantinopla, Esmirna, Bagdad, Alepo y El

Cairo. En estos lugares profundiza en sus conocimientos ocultistas y regresa a Roma, donde conocerá a Lorenza Feliziani, rica heredera de un fabricante de fajas. Ella le acompañará hasta los últimos momentos de su vida.

Proxeneta y ocultista, Bálsamo es contactado en Mesina por un sujeto misterioso: Althotas. Se trataba de un personaje intrigante, de edad y raza indeterminables, con rasgos entre griegos y españoles, y vestido a la usanza albanesa, con un gorro rojo y una barba extravagante. Se presenta ante Cagliostro como “el maestro que aparece cuando el alumno está listo”. Le subyuga con la mirada y le muestra que posee el polvo transmigratorio capaz de convertir el plomo en metales preciosos. Una vez más, Cagliostro, viajará en compañía de este personaje a Egipto, Rodas y Malta. Precisamente, en los laboratorios subterráneos de esta isla, una tarde en que realizaban prácticas alquímicas, Althotas muere, sospechosamente, al respirar un humo venenoso. Horas después, Cagliostro sale camino de Nápoles.

Por aquella época Cagliostro ya se atribuía falsos orígenes. Así era descendiente del jeque de La Meca, hijo adoptivo de Acharat, último rey de Trebisonda. Apenas fue derrotado su padre, Cagliostro habría huido pero fue capturado en La Meca y vendido como esclavo al jeque que le inició en la Kabalah. Fue quien le dio el título hermético de “Hijo desdichado de la Naturaleza”. Su avance por las tinieblas del conocimiento le confirieron el derecho de usar el título de Gran Copto de Europa y Asia. En Damasco conocería a los últimos adoradores de Osiris: unos derviches meditadores en el baile que le revelan los más ocultos secretos de sus prácticas.

Cagliostro es un iniciado en el Conocimiento y se presenta como un viajero incansable. Quiere unir a la fuerza su linaje con Apolonio de Tiana, y otros maestros antiguos, el conocimiento ancestral de los peregrinos que recorrían la ruta de Santiago de Compostela. Para los esotéricos, el viaje de Compostela era un tema frecuente en sus metáforas iniciáticas para explicar el viaje hermético. Incansable, existen

documentos de sus viajes sucesivos en ese período a Venecia, Marsella, Madrid, Barcelona, Cádiz, Lisboa, Estrasburgo y Bruselas. Se desplazaba en su carroza, negra y ornada con blasones rojos, y al llegar a una población siempre se hospedaba en el mejor albergue. La extravagancia de sus trajes y el acento de su esposa fascinaban a los notables del lugar, despiste que aprovechaba para cometer alegremente todo tipo de delitos.

Al regreso de Londres, en 1775, Cagliostro se ve envuelto en una serie de escándalos y estafas en Calais. Huye a Nápoles y de allí viaja a España. En Barcelona lo encarcelan por intentar estafar a un sacerdote. Otro escándalo, esta vez mas grave, por tratarse del robo de unos diamantes, le hace huir a Cádiz y de ahí a Londres por segunda vez.

Al parecer, durante el trayecto tiene una experiencia preternatural portentosa, lo que le permite, al llegar a Londres, el realizar curaciones milagrosas. Hasta los críticos más furiosos de su persona y los desmitificadores más contrarios a él, se ven obligados a reconocer sus prodigios. Prescribe pastillas y polvos que obtiene por alquimia, e impone las manos curando toda clase de males. Los científicos de la época, incapaces de desenmascararle, acaban odiándole por la popularidad que alcanza en casos graves, imposibles o regulares. De sus hazañas más reconocidas y estudiadas está la forma de ganarse el apoyo del pueblo. Como cuando se encuentra a un indigente y se limita a darle una sola guinea y un número que supuestamente ganará la lotería, y nunca falla la predicción.

Cagliostro, como Alto Iniciado que era, se consideraba un hermano de todos los hombres, independientemente de que fuesen ricos o pobres, ilustrados o ignorantes, árabes o franceses. Según declaraba: *"No soy de ninguna época y de ningún lugar, y más allá del espacio y del tiempo, mi ser espiritual vive su eterna existencia. Si me sumerjo en mi pensamiento remontándome en el curso de las edades, si extendo mi espíritu hacia un modo de existencia alejado de aquel que percibís, me convierto en aquel que deseo ser. Participando conscientemente del Ser Absoluto arreglo mi acción*

según el medio que me rodea. Mi nombre es aquel de mi función, pues soy libre; mi país, aquel donde fijo momentáneamente mis pasos. Poned fecha de ayer si lo deseáis, rehusando acordaros de años vividos por ancestros que os fueron extraños, o del mañana, por orgullo ilusorio de una grandeza que jamás será vuestra, yo soy aquel que Es". ¿Un poco ególatra, no?

Para sorpresa de todos, a un año de ser admitido en la Logia Esperanza de Londres, ocupa los más altos grados. Los masones de la Estricta Observancia Templaria, de La Haya celebran un banquete en su honor y forman sobre su cabeza la "bóveda de acero" con sus espadas. Está claro que su poder de convicción alcanza las más altas cotas.

Cerca de Nüremberg conoce al Duque de Brunswick, Gran Maestre de una de las obediencias masónicas. Ante él diserta sobre el Gran Arquitecto del Universo. Se pone en contacto con los rosacruces, quienes le adoptan como maestro. Presentado por el Duque de Orleáns, gran maestre de la francmasonería francesa, acaba introduciéndose en los salones de los palacios de Federico II y de la más alta nobleza prusiana.

Su reputación es internacional e indiscutida. Los científicos más estrictos reconocen sus capacidades, si bien puntualizan que no tienen explicación posible para los conocimientos de entonces. Profetiza, hipnotiza, cura, materializa dinero en todos los salones e incluso en sectores eclesiásticos.

Protegido del Príncipe Potenkim, se gana el corazón de las clases dirigentes rusas. En Varsovia y en Londres realiza transmutaciones ante la vista de todos. Aun quienes le habían acusado de falsificador, no pudieron llegar a probar nada. Mantiene la costumbre de visitar hospitales y barrios pobres y acercarse a algunos para curarlos o tocarlos con su poder y hacerlos ricos. Logra que el pueblo le adore, no ya como santo sino como al mismo Dios encarnado. Sus ideas iluministas y revolucionarias son aceptadas, compartidas, aprendidas y defendidas por todas las capas sociales. La Iglesia se ve impotente ante tan formidable enemigo. Sólo en 1785 sanó de cálculos renales a la princesa

de Nassau, de migrañas a la de Mont Barey y al príncipe Soubise, el duque de Caillus, le alivió de su gota. En cuanto a las curaciones realizadas entre los plebeyos, los casos se cuentan por miles. El Cagliostro de unos años atrás y el de después parecen no ser la misma persona. Abandona la firma con su nombre de bautismo y adopta el de "Conde de Cagliostro". A la par, su esposa ingresa a una logia de adopción y recibe el nombre de "Princesa Serafina".

Por lo que se ve, la iniciación de Althotas daba sus frutos. La intención de Cagliostro era unir todas las fuerzas de las logias en una sola en la que, como podríamos esperar, él sería el Gran maestro. Apela a los lemas de las escuelas de misterios afirmando que "toda luz viene de Oriente". Sueña con asumir la dirección de las fuerzas secretas de la masonería y refundar el cristianismo retrotrayéndolo a sus verdaderos orígenes que, afirmaba, no eran judíos sino egipcios e iniciáticos. En sus escritos describe la Nueva Era que comenzaría; habla de un mundo iluminado, irracional, de pensamiento mágico, anticristiano, liberal, pacifista, ecologista, iluminado con luces preternaturales y sin el sistema "conservador" que imperaba entonces y contra el cual habría que rebelarse,

Si Cagliostro era el introductor de los misterios egipcios, era un verdadero adelantado ya que faltaba más de una década para que Napoleón y su ejército pisaran Egipto y comenzara el furor de conocimiento de los misterios ocultos. Faltaba mucho más para que Champolion descifrara la piedra de Rosseta y los egiptólogos pudiesen revelar al mundo las creencias egipcias. Pero a pesar de todo eso, Cagliostro afirmaba conocer no sólo la religión egipcia, sino otra religión más antigua, de la que derivaba la egipcia, y de la cual no había registros posibles.

Sin embargo, sería su amistad con las sectas judías de la época la que le aportó el conocimiento determinante y le ayudó a ascender. Se hizo discípulo del pseudo-mesías de los judíos del siglo XVII, Sabatai Zevi. Los seguidores de esta herejía de la religión hebrea, que llegaron a

ser numerosos en todo el viejo continente, consideraban indiferente militar en cualquier religión. Adoraban a un Dios sin forma al modo de los hinduistas, consideraban al mal como un estado mental y llegaban a proponer la "santidad del pecado". La poderosa y siniestra secta de los Iluminados de Baviera surgió de esta doctrina. Precisamente, fue el barón Von Knigge quien le inició entre los iluminados y le admitió en una ceremonia sacrílega en una capilla próxima al castillo Gross Korber. Sabatai Zevi y sus hijos de David le concedieron sus poderes preternaturales y los Iluminados los poderes político-temporales.

Sintiéndose un maestro superior, en 1785, Cagliostro funda la logia masónica de rito egipcio. Alcanza una popularidad enorme. Impredicible. Los nobles hacen cola para afiliarse a la sociedad secreta. Por su parte, las mujeres toman a Lorenza como Suma Sacerdotisa y Reina de Saba. Ella les "bautiza" y sopla en sus frentes mientras dice: *"Te concedo este soplo para que germine y viva en tu corazón el espíritu de la verdad con los nombres de Helios, Mene, Tetragammaton"*.

Cagliostro está a punto cumplir la primera parte de su sueño: fundar una nueva religión.

"El ritual de iniciación en su orden implicaba un período previo de ayuno y se realizaba en función del tema astrológico del aspirante. Este, vestido de negro era despojado de sus joyas; recitaba el oficio del Espíritu Santo, mientras los sacerdotes trazaban con sangre de un ave, signos sobre su cuerpo. Debía trazar un círculo con yeso en el suelo y escribir las palabras sagradas: Rap, Yob, Oz, Fa, evocando a las cuatro regiones del universo. Luego penetraba en el círculo, invocaba al Ser, se postraba con las manos en ángulo recto en espera de apariciones. En el vestíbulo de la logia se collocaban colgaduras negras con serpientes bordadas; se administraban bebedizos a los novicios que los colocaba en una situación psíquica de máxima receptividad. Tres hombres les ponían una venda ensangrentada en la frente". Esta ceremonia, comparada con los rituales egipcios tradicionales que conocemos, nos revela lo lejos que estaba Cagliostro del conocimiento que se atribuía.

En Estrasburgo tiene oportunidad de conocer al cardenal de Rohan y a la condesa de La Motte, ambos distinguidos francmasones. Es 1783 y la jerarquía eclesiástica aliada a la nobleza decadente, ha perdido el norte dentro del dogma cristiano y refrenda, como cualquier otro supersticioso, la verdad de cuanto ilusionista, hechicero o estafador apareciese por la Corte.

El cardenal de Rohan se sentía febrilmente atraído por su reina María Antonieta. Ésta le había rechazado todas las veces, indignada por las propuestas de un religioso y por la sola idea de mancillar el lecho conyugal. Entonces, Cagliostro le ofrece un conjuro para seducirla a cambio de poder y de influencia ante el Papa. La candidez del cardenal era patente, como lo demuestra la siguiente anécdota:

«Una vez, en París, mantuvo una larga entrevista con el cardenal Rohan, revelándole, con todo detalle, sus conversaciones con el pretor Poncio Pilato, del cual se decía amigo íntimo. Y cuando más tarde el cardenal se dirigió, en privado, al acompañante de Cagliostro para preguntarle si él creía de veras que su amo, al decir tales cosas -dos mil años lejanas en el tiempo- hablaba realmente en serio, el escudero repuso con absoluta seriedad:

— A decir verdad, señor, no puedo pronunciarme, puesto que yo sólo llevo a su servicio cuatrocientos años».

Pero tanta confianza en el mago, le habría de traer pésimas consecuencias. Como se vería más adelante al tramar entre la condesa y Cagliostro un plan para apoderarse de una valiosa joya. La condesa de la Motte sabía que la reina había rechazado un costoso collar de diamantes por parecerle demasiado pesado para el erario nacional; entonces, inducida por el mago, falsificó una carta dirigida a al cardenal, en donde, haciéndose pasar por la reina, le comunicaba su cambio de opinión y que deseaba verdaderamente el collar. De Rohan lo obtuvo y se lo entregó a la condesa de La Motte. Descubierta la farsa, Cagliostro, Rohan y La Motte fueron procesados.

Afortunado como pocos, Cagliostro resultó exonerado, pero fue expulsado de Francia. Aun así, sonreía. El "affaire" del collar, si bien la

reina era inocente, había conseguido desprestigiar a la monarquía y las logias se encargaron de hacerlo un asunto nacional. Acompañado hasta las puertas del antiguo fuerte de los templarios, la Bastilla, por una multitud delirante, probablemente más que 10.000 personas que lo vitoreaban, Cagliostro juró acabar cuanto antes con la monarquía.

Exiliado en Londres, se dedicará a sus artes ocultas, a la vez que a frecuentar triunfante los salones que se colman para aclamarlo. Desde allí dirige las tramas para impulsar una revolución igualitaria y anticristiana por todas las naciones. Comenzaría con la caída de la corona francesa obteniendo un símbolo recordable para todos. Mas comete un gran error. Se encamina a Roma, listo para hacer caer el papado con un secreto plan de su logia; pero el Santo Padre sospecha de sus intenciones y hace que se reabra un viejo proceso abierto en su contra por falsificación de moneda. Se le encarcela en el castillo papal de Sant' Angelo.

Las logias se rebelan, si bien no pueden quejarse del trato dado a Cagliostro en el castillo. Mientras, el gran mago se dedica a agitar a las masas gritando sus soflamas a través de los barrotes de su celda. El 7 de abril de 1791 un tribunal lo condena a muerte por incitar a la rebelión, por numerosos crímenes y por herejía; la pena, como era costumbre en estos casos, es conmutada por prisión perpetua, pero no podrá evitar que su libro de rituales "Masonería Egipcia" sea quemado públicamente junto a su mandil masónico, su cordón y demás objetos rituales, en la Plaza de Minerva.

Pocos meses después pide confesión. Se trata de una treta. Intenta arrebatar el cinto del sacerdote enviado al efecto y comienza a estrangularle con él, pero el Padre se defiende con tal furia que logra desasirse. A partir de este momento las condiciones de detención de Cagliostro se endurecen. Muere poco después en San León el 26 de agosto de 1795.

Cuando en 1797 las tropas francesas invadieron los Estados Pontificios, un grupo de oficiales franceses desenterraron su cadáver y

bebieron en su calavera a la salud de quien llamaron "mártir de la Libertad". Le consideraban un precursor de la Revolución Francesa.



Retrato del Conde Cagliostro.

POMPILIO BROUWER
INTERPRETACION DEL GRADO DE MAESTRO MASON

"Pero. si tratamos de esclarecer el sentido, y comparamos esto, con la tragedia de Osiris, de Adonis, de Talmuz, de Jesús, y muchas otras, encontraremos, que no es más que una misma verdad, representada en diferente formas, por pueblos que trataban de adaptar ésta, a su condición nacional. Salomón hizo, de lo que aprendieron en Egipto, José y Moisés, una religión nacionalista; una religión adaptable al pueblo de Israel. Lo que Moisés aprendió, dentro de los templos en el Egipto, tuvo que adaptarlo a un ritual sin templo, pues en ese período, el pueblo de Israel, era un pueblo nómada. Ya llegado a la tierra prometida, Jehová quiso encerrarse otra vez en un Templo, y pidió a David, que encargara a su hijo, de realizarlo. Salomón, no sólo edificó un templo material, sino que adaptó el ritual egipcio, con personajes de Israel. Así fue, como se transformó Osiris en Hiram Tanto Osiris como Hiram son la sombra de una eterna verdad".

NAPOLEÓN Y LA INICIACIÓN EGIPCIA

A principios de Julio de 1798, llegaba al puerto de Alejandría una flota de más de 400 naves, 50.000 soldados, 1.000 piezas de artillería y 700 caballos comandada por Napoleón Bonaparte, con sólo 28 años de edad, a bordo de su buque insignia "L'Orient", el barco del Almirante Francois-Paul Brueys D'Aigalliers, una fenomenal nave de 120 cañones, que, tras una singladura por el Mediterráneo que había comenzado en mayo del año anterior.

Esta potente armada sería dividida unas semanas más tarde por la flota al mando del almirante británico Horacio Nelson, en la batalla naval de Aboukir, dejando aislado en Egipto, sin avituallamiento y a su suerte, al potente ejército de Napoleón, durante casi tres años.

La mayoría de los historiadores atribuyen esta arriesgada y, finalmente, fracasada incursión de Napoleón en Egipto a motivaciones de puro afán imperialista. Sin embargo hay actuaciones de Napoleón durante este periodo que no obedecieron a una motivación estratégica o simplemente militar.

Muchos todavía no entienden por qué se lanzó a la mar al frente de 328 embarcaciones y más de treinta y tres mil soldados, ni mucho menos por qué decidió invadir un país que estaba en el extremo opuesto del Mediterráneo y que carecía del más mínimo interés estratégico. La tardía versión oficial de aquellos hechos aseguraba que Bonaparte pretendía cortar el flujo comercial británico con sus colonias orientales; pero esto no está tan claro.

De hecho, esa numerosa y potente fuerza militar venía acompañada de cerca de 1.000 civiles, entre los cuales, además de administradores, economistas, y esposas, llegaron un total de 167

personas versadas en las más variadas ciencias: botánicos, zoólogos, geólogos, escultores, pintores, poetas, lingüistas, químicos, matemáticos, astrónomos, arquitectos, dibujantes, geógrafos, etc.

Fueron personalmente escogidos por Napoleón para extraer bajo las arenas del desierto toda la sabiduría de aquella antigua civilización. Simultáneamente a estas investigaciones Napoleón libra su "Batalla de la Pirámides" el día 21 de julio de 1798 contra los mamelucos, que habían gobernado el país, en nombre del sultán turco, durante los últimos siete siglos. Inmediatamente que Napoleón toma el poder, comienza la modernización del país.

Napoleón sabe que a los musulmanes se los tiene que ganar, y adelantándose a todas las técnicas de propaganda que prosperaron en el siglo XX, llena El Cairo de pasquines diciendo que Alá es el más grande y que viene a liberar al pueblo musulmán.

Y lo cierto es que gracias a aquella estancia de Napoleón en Egipto, Europa recibió una gran influencia de todo lo investigado por este grupo de sabios. El informe final de este grupo, "Description de L'Egypte", una obra de 20 tomos, presenta una meticulosa y detallada explicación de todo lo encontrado, y ha servido y sirve como referencia a todos los eruditos que comienzan a sumergirse en este apasionante mundo.

Las reconstrucciones y restauraciones que se pintan en los grabados del libro recrean un pasado en todo su esplendor, devolviendo a las piedras sus pinturas originales, llenas de contenido y simbolismo. La precisión y meticulosidad eran una prueba de la fascinación de los artistas, testigos de excepción. Muy interesante incluso para investigar sobre monumentos posteriormente destruidos. Como es el caso de la Esfinge, que a finales del siglo XVIII estaba enterrada en la arena hasta el cuello, quedando todo el resto del cuerpo oculto. Por no hablar de la Piedra de Rosetta, otro descubrimiento de este grupo de sabios de Napoleón, grabada hacia 196 AC., encontrada en 1799, que permitió a Champollion descifrar por fin la complicadísima escritura simbólica

jeroglífica. Posteriormente recogida por los ingleses tras derrotar a los franceses, actualmente se encuentra en el Museo Británico.

No hay tampoco acuerdo entre los historiadores y biógrafos del pequeño corso a la hora justificar algunas de las actuaciones del general. Al parecer, sus relaciones previas al viaje a Egipto con el mundillo que rodeaba a Nicholas Flamel permiten especular sobre si estaba buscando la fórmula de la inmortalidad, relatada tantas veces en las sagradas escrituras egipcias, con la curiosa coincidencia entre la resurrección de Osiris y la de Jesús. Algunas escrituras cristianas apócrifas aventuran que Jesús aprendió en su estancia en Egipto ciertos ritos de resurrección.

Por otro lado, el general dirige muchos de sus esfuerzos en penetrar en Keops y encontrar todas sus galerías y cámaras, como de hecho describen con todo lujo de detalles sus sabios en "Description de L'Egypte". Incluso se habla de que pasó una noche en solitario en la "Cámara del Rey" de la pirámide de Keops. Se dice que a la mañana siguiente el general salió de las entrañas de la pirámide de Keops demacrado y mudo; no queriendo contar nada de lo sucedido allí dentro. Nadie, ni su fiel Kebler, ni ningún otro general, supo jamás qué ocurrió aquella noche, pues Napoleón no quiso que le tomaran por loco.

Lo de la pirámide no fue la única extravagancia que se permitió en tierras egipcias. Meses antes de aquella gran noche, tras vencer a los mamelucos en las inmediaciones del Monte Tabor, en plena Palestina, orientó sus pasos hacia la entonces insignificante aldea de Nazareth. Corría el 16 de abril de 1799 y él, que no era lo que se dice un cristiano piadoso, quiso pernoctar en el lugar donde vivió dieciocho siglos atrás Jesús de Nazaret.

¿Qué pretendía exactamente Napoleón con aquel gesto, si él rechazaba en buena medida la fe cristiana? ¿Emular a los cruzados que marcharon sobre Tierra Santa? ¿Recuperar la gloria de los héroes de sus lecturas adolescentes?

Nada más tomar El Cairo en el verano de 1798, fundó el Instituto de Egipto, y puso a trabajar a aquel escuadrón de hombres ilustres día y

noche. Con las imprentas que se trajo desde Francia, puso en marcha los primeros periódicos del país, y pronto comenzó a atesorar una tremenda colección de grabados y piezas arqueológicas. Napoleón se embriagó entre tanta ruina y belleza, y decidió verlo y estudiarlo todo.

Extrañamente, y aún a pesar del gran número de sabios que merodeaban por Giza y otros lugares tomando notas y haciendo bocetos de aquellas proezas en piedra, apenas existen datos precisos sobre lo que hizo exactamente el general Bonaparte en esos remotos días de agosto de 1799 que estuvo junto a la gran pirámide.

Algunos aducen la hipótesis de las relaciones secretas entre Napoleón y la Masonería, a la cual pertenecían algunos de sus más destacados generales, como Auguste Kléber o Joachin, Cambucers, Massena, Kellerman y otros. De hecho, uno de sus Grandes Maestres, Solutore Zola, pariente del famoso escritor galo del mismo apellido, afirmó en un documento, fechado en 1863 que Bonaparte y Kléber *"recibieron la iniciación y la filiación del Rito de Menfis de un hombre de edad venerable, muy sabio en la doctrina y las costumbres, que se decía descendiente de los antiguos sabios de Egipto"*. Y añadió: *"La iniciación tuvo lugar en la pirámide de Keops y recibieron como única investidura un anillo"*

Este documento, fechado en 1863 (seis décadas después de los hechos), no es, desde luego, probatorio. Pero aun cuando no puede afirmarse con seguridad que Napoleón fuera masón, sí es cierto que siempre estuvo rodeado de ellos. Su padre lo fue, su hermano mayor José -que llegó a ser rey de España- también, e incluso su esposa Josefina fue Gran Maestra de una logia femenina. Visto así, no es extraño que a él se le señalara como militante de una misteriosa logia conocida como "Hermes Egipcio", o que a muchos de los sabios que le acompañaron -como Monge, Norry, Saint-Hilaire y otros- se les acusara de pertenecer a la logia de los "sophisiens", que anualmente se reunían en París para celebrar cierto "banquete egipcio"

Bonaparte abandonó Egipto pocos días después de su noche en la pirámide, pero en modo alguno olvidó lo que allí vio. Sólo así se explica que cuando Napoleón regresó de su campaña faraónica y dio el golpe de estado que terminaría llevándole a dominar Europa, decidiera añadir dos detalles insólitos al escudo de París. En un documento de 1811, adjunto a la llamada “Carta de Napoleón” de esa fecha, la tradicional barca sobre el Sena que luce el blasón de la ciudad, experimentó el añadido de una estatua de la diosa Isis en su proa. Es más, sobre ésta el corso ordenó grabar una estrella de cinco puntas como las que adornan todos los templos egipcios y el perfil de tres abejas (emblemas reales en el Egipto faraónico).

Napoleón se trajo de Egipto sus símbolos más sagrados y los añadió al blasón de su capital. ¿Un tributo a aquella iniciación piramidal del verano de 1799? Sólo así se explica que el corso, convertido ya en dueño y señor de Francia, nombre ministro de Bellas Artes a Vivant Denon, uno de los más destacados sabios de su expedición egipcia, que hará de París una especie de nueva Tebas.

Paradójicamente, y aún a pesar del gran número de sabios que merodeaban por Giza tomando notas y haciendo bocetos de aquellas proezas en piedra, apenas existen datos precisos sobre lo que hizo exactamente el general Bonaparte en esos remotos días de agosto de 1799. Los expertos entran en frecuentes contradicciones y aportaban fechas equívocas para un hecho que tuvo consecuencias trascendentales en la vida de Napoleón: su noche en el interior de la Gran Pirámide. Según explica Peter Tompkins en su clásico “Secretos de la Gran Pirámide”, fue exactamente el 12 de agosto de 1799 cuando el general aceptó pernoctar allá dentro. *“En un determinado momento, Bonaparte quiso quedarse solo en la Cámara del Rey, como hiciera Alejandro Magno, según se decía, antes que él”.*

¿QUÉ VEÍAN LOS MASONES EN LA RELIGIÓN EGIPCIA?

La religión del Antiguo Egipto nunca se planteó de la idea de la muerte como algo temible, sino que ésta era esperada con paciencia y gran seguridad para seguir el proceso de vida después de aquella. Y su principal deseo no era buscar su propia salvación, sino avanzar en la escala evolutiva para lograr el desarrollo que de ellos esperaba Dios. Para algunos, esta religión ha sido una de las más espléndidas que ha conocido la humanidad, en la que participaban todos por igual, desde el Faraón hasta el esclavo.

El culto en ella era manifestado por grandiosas procesiones a lo largo del Nilo, llenas de vivos colores, despertando la devoción de los fieles que en ellas participaban, en honor a sus dioses Osiris, Isis y Orus.

Pero más allá de todas estas manifestaciones, aquellos que sentían la Religión como algo propio y lo vivían con verdadera intensidad, estimaban grandemente el pertenecer a una Logia de los Sagrados Misterios, de donde sobrevive a nuestros días la Masonería y sus rituales.

En la Religión Egipcia se tenía la misma idea de difundir la energía por entre la gente, requiriendo por sus métodos de un gran numero de fieles, los cuales debían de participar con devoción en ello, lo cual hacía muy difícil realizarlo de manera adecuada. Pero cuando así se llevaba a cabo, el resultado era muy eficaz. Para poder efectuar dicha tarea, se requería la instalación de algunas Grandes Logias distribuidas en el territorio, cuya misión era inundar al Reino de la Luz Oculta; y a las cuales estaban subordinadas Logias ordinarias, que se consideraban preparatorias para ingresar a una Gran Logia.

Así como la Religión, el Gobierno de Egipto estaba dirigido por la Organización de los Misterios. Dividido el Territorio en 42 distritos, cada uno de ellos era gobernado por el Maestro de la principal Logia establecida en dicho Territorio. Todos los 42 Gobernadores constituían a su vez una Gran Logia, con punto de reunión en Menfis, y que era presidida como Gran Maestro por el Rey. Esta Gran Logia era el organismo ante el cual el Rey daba informes de sus actividades y tomaba consejo de las decisiones del reino, ya que si bien su poder era casi absoluto, tomaban la prudencia de tomar el consejo de los Gobernadores en situaciones graves. De esta manera, la vida política del reino estaba influida por la Organización de los Misterios.

Además, existían en Egipto 3 Grandes Logias, con un ritual distinto a aquella formada por los Gobernadores, y en las cuales el número de integrantes estaba estrictamente limitado a 40, todos los cuales tenían una función específica y necesaria en la celebración del ritual. Cada miembro de esta Logia tenía una cualidad específica, tal como Caballero del Amor, por ejemplo, de tal manera que las 40 cualidades formaban el carácter del hombre perfecto, a través del cual se podía derramar la Luz Oculta por todo el reino.

Debido a la importancia de cada uno de los miembros de las Grandes Logias en la representación de este hombre, los que tomaban esta misión eran seleccionados entre aquellos que eran capaces de olvidarse de sí mismos y trabajar por la Logia. De esta suerte, el poder moral que tenían las Grandes Logias en el reino era enorme, y la más mínima falta de atención en su misión por parte de cualquiera de los 40 integrantes hubiera significado su fracaso. De esta dependencia mutua entre todos los que formaban parte en dichos trabajos, tal vez sobreviva hasta hoy la regla de que dos hermanos no pueden ceñirse el mandil mientras haya entre ellos alguna diferencia.

Las tres Grandes Logias practicaban un ritual llamado La Construcción del Templo de Amén. Durante varios miles de años este ritual fue observado estrictamente y Egipto floreció como una gran nación.

¿Acaso no buscaban los masones de aquella época el establecimiento de un nuevo régimen mundial basado en la espiritualidad y la libertad? No es extraño que quisieran adherirse a Egipto como la cuna de sus más profundos orígenes.



Sello sin abrir de la entrada a la tumba de Tutankamon.

HISTORIA DEL RITO DE MISRAIM Y DEL RITO DE MEMPHIS

En un principio, los ritos de Memphis y Misraim eran independientes. El Rito de Memphis fue constituido en Montauban, en 1815, por masones que formaban parte de la Misión a Egipto del emperador Napoleón Bonaparte, entre quienes se contaban el general Samuel Honis y Jean Etienne Marconis de Nègre. Por su parte, el Rito de Misraim, (Misraim es el plural de "egipcio", en hebreo) se constituyó por primera vez en Venecia, en 1788, por medio de una Carta Constitutiva otorgada por el conde de Cagliostro a un grupo de aspirantes. Este Rito se extiende rápidamente a Milán, Génova y Nápoles y apareció en Francia bajo la conducción de Michel Bédarride, junto con sus dos hermanos, quien había recibido poderes magistrales en Nápoles, en 1810, de manos de De Lasalle. Pronto se contaron en sus filas figuras distinguidas como el conde Muraire, el duque Decazes, el duque de Leicester, el Teniente General barón Teste y otros.

Pero sería Giuseppe Garibaldi, el arquitecto de la República italiana, quien en 1881 lograría finalmente la unión de ambos ritos egipcios de la Masonería convirtiéndose en el primer Gran Maestro del Rito de Memphis-Misraim unido.

El rasgo distintivo del Rito Antiguo y Primitivo de Memphis-Misraim lo constituye el colorido simbolismo egipcio que decora sus Logias, así como los nombres distintivos de las mismas.

Por otra parte, otra característica peculiar de este Rito es su extensa Escala de Grados, que alcanza al 96º, dado que ha conservado la herencia iniciática de antiguas Obediencias Masónicas del siglo XVIII hoy desaparecidas. Entre dichos Altos-Grados, no todos practicados por

imposibilidad temporal y material, se distinguen los cuatro llamados Arcana Arcanorum o "Régimen de Nápoles" los cuales, según fuentes reservadas, conservan ritos y prácticas heredadas del Hermetismo egipcio.

Una de las primeras versiones del Rito de Misraim nos aparece a través de Marc Bedarride, nacido en 1776 en Cavaillon, condado de Venaissin, con su publicación la "Orden Masónica de Misraim". En su obra Bedarride se basa en el Pentateuco, los 5 primeros libros del Antiguo Testamento. Según él, Adán conjuntamente con sus hijos crearon la primera Logia de la Humanidad y su hijo Seth fue su sucesor. Y Noe salvo la Logia de la Gran Inundacion (Diluvio), é y su hijo Sem se establecieron en Mitzraim que significa Egipto. Es entonces a través de estas personas que viene la tradición secreta del esoterismo. Es en esta fuente que los sacerdotes de todas las naciones vienen a tomar su conocimiento: Moisés, Salomón, Pitágoras así como todos los sabios de la antigüedad, Griegos, Romanos y Árabes.

El ultimo eslabón en esta ininterrumpida cadena fue hecha por el padre de Bedarride que recibió en 1782 la visita de un misterioso "Iniciador Egipcio" en Cavaillon Francia, del cual solamente conocía su "omen mysticum": Aiah "e Sabio", que inicio en la Masonería Egipcia. Todavía no es la única vez que encontramos la referencia del paso de un Superior Desconocido en la Masonería Egipcia.

En la obra de Vernhes en defensa del Rito de Misraim publicado en 1822 también menciona el paso de un misionero de Ananiah en el sur de Francia en el año 1782.

La versión de los orígenes del Rito de Misraim por Bedarride son tomadas solamente como leyendas, pero el Egipto es en la tradición esotérica e histórica una corriente original totalmente distinta de otras tradiciones y entendemos que cada autor masónico intenta conectarse a una fuente lo más antigua posible.

En el tiempo que el Emperador Napoleón Bonaparte efectuó su campaña en Egipto, no conocía mucho del antiguo simbolismo Egipcio, de su religión y de su escritura, porque el arqueólogo Champollion todavía no había descubierto la clave que desvelara del alfabeto jeroglífico. Con todo ya en 1640 en la región de Mountauban y Avignon, Francia, algunos tratados alquímicos guardados dentro de las asociaciones de albañilería de los grupos reconocidos “no operativos” circulaban por “debajo de las túnicas”

En 1760 un tratado secreto sobre las Iniciaciones Egipcias circulaba conteniendo alusiones transparentes referentes a la Gran Obra.

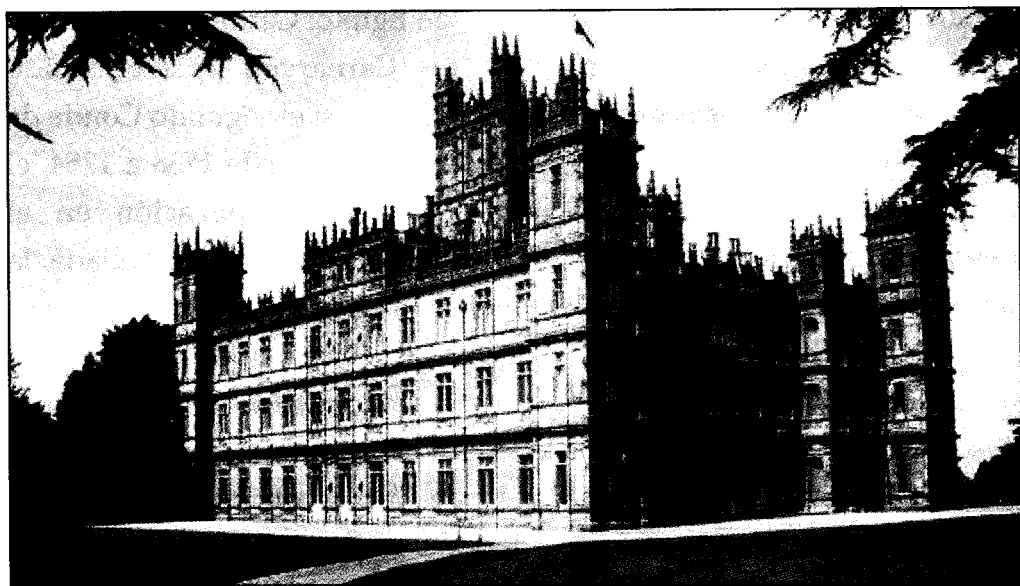
También este mismo tratado era conocido por los masones alemanes bajo el nombre de “CRATA REPOA” donde era considerada una iniciación Egipcia real. Este tratado traducido por los alemanes von Koppen y von Hymmen , fue llamado “El silencio de los dioses”. El tratado describe la antigua iniciación hecha en la Gran Pirámide, y afirma que en esos grados una lengua secreta, denominada Ammaniana, era enseñada y usada. Fue fielmente reproducida por la recepción simbólica de siete grados sucesivos:

1. Pastophoros o Novicio,
2. Neocoros o Artífice,
3. Melanophoros o Mestre,
4. Christophoros o Juez,
5. Balahatos o Filosofo,
6. Knephu o Astronomo,
7. Prophetos o Profeta y Sacerdote.

Las iniciaciones Egipcias muy populares en ese tiempo rápidamente se tornaron moda, conquistaron Paris y terminaron por ejercer grandes influencias en la mente de las autoridades masónicas de la época.

La Orden de Misraim es una escuela secreta y sus últimos cuatro

grados nos transmiten los más tradicionales y espirituales secretos, a través de la investigación Religiosa, Alquímica, Hermética y Cabalística. El Rito de Misraim siempre se limitó a la felicidad humana y a la emancipación del espíritu y a la educación del corazón. La preocupación del Rito ha sido siempre la conquista de la verdad de la naturaleza en sus miles de secretos.



Palacio de Highclere.

LA HOSTIL Y POCO SOSPECHOSA ESPAÑA

Mucho se ha especulado sobre el interés especial de la Francmasonería en todo lo relacionado con Egipto y cuál fue su papel dentro de esa fascinante aventura de la egiptología. Las teorías son varias y muchas se basan a veces en simples presentimientos o en escasas evidencias, que no por eso niegan su probabilidad. Sin embargo, existe un nombre que se repite misteriosamente a lo largo de la historia uniendo, de forma más estrecha de lo que en principio cabría suponer, a la hermandad espiritual con los tesoros de Egipto: Carnarvon.

Efectivamente, el nombre de los Carnarvon aparece unido sintomáticamente a esos dos fenómenos, ya que si el segundo Conde de Carnarvon llegó a fundar 49 logias en Inglaterra desde 1738 a 1754, el quinto pasaría a la historia por su directa implicación en el descubrimiento de la tumba más fastuosa hasta el momento hallada, la de Tutankhamon. Pero existe otro miembro de la misma familia, que a raíz de un documento hasta hace escaso tiempo completamente desconocido, ha terminado por conformar el hasta el presente desconocido nexo entre la masonería y la egiptología. Se trata de Herbert Henry George, tercer Conde de Carnarvon, que efectuó dos viajes a España, el primero poco después de la intervención francesa conocida por "Los cien mil hijos de San Luis", entre 1821 y 1822, y el segundo en 1827. Su presencia provocó desde el primer momento el recelo de las autoridades locales, a priori algo inesperado de quien se identificaba como un viajero interesado por nuestro país y que, por encima, pertenecía a la nobleza inglesa. Demasiadas contradicciones que se revelan ahora con la aparición de ese documento, ofreciendo una nueva perspectiva sobre esa extraña intención que algunos han querido

ver en el interés de los masones por los tesoros del Nilo, un interés que iba más allá de lo puramente espiritual, para acercarse a una oscura forma de financiación.

Cuando alguien quiere realizar una acción sin levantar la más mínima sospecha, no hay mejor lugar para ejecutarla que aquel en el que nadie esperaría encontrarle. Por aquellas fechas en que el tercer Conde de Carnarvon visitó España, el territorio era el menos indicado para que un masón hiciese acto de presencia.

El reinado de Fernando VII se destaca, entre otras cosas, por la particular virulencia de su combate antimasónico. Fernando VII, como más tarde pasará con el general Franco, convirtió la represión de la Masonería en una auténtica obsesión personal. El secreto masónico, más que su carácter liberal, hizo que se convirtiera en uno de sus más temidos enemigos.

Más que de una existencia organizada y continua de la Masonería, en la España del siglo XVIII, habría que hablar de la presencia esporádica y sin mayor trascendencia de algunas logias que no tuvieron ninguna importancia ni continuidad, excepción hecha de las logias británicas situadas en Gibraltar y Menorca.

En 1738, el Tribunal de la Inquisición, prohibía la Masonería. Esta prohibición fue sancionada por el apoyo de la autoridad real, mediante un edicto del Rey Fernando VI, en 1751. Y mantenida por Carlos III, pese a su aureola de ilustrado. Este, siendo Rey de Nápoles, había prohibido la masonería bajo severas penas, por considerarla *"gravísimo negocio o pernicioso secta para el bien de Nuestra Santa Religión y del Estado"*.

Estas prohibiciones supusieron una barrera casi infranqueable que impidió, prácticamente, el desarrollo, en nuestro país, de las ideas masónicas. La primera logia de la que se tiene noticia en España fue la fundada, el 15 de febrero de 1728, en la madrileña calle de San Bernardo, por el Duque de Wharton, con el nombre de "Las Tres Flores de Lys".

La segunda logia que se creó en el continente europeo fue en Gibraltar. Se constituyó el 9 de marzo de 1729. Llevaba el nombre de "Lodge of St. John of Jerusalem". Estaba registrada con el número 51, inmediatamente después de la de Madrid, como "Gibral-tar Lodge". En 1750 algunos militares franceses e ingleses celebraron diversas reuniones masónicas en Barcelona, pero no llegaron a constituir logias regulares. En 1755, fueron denunciados ante el Tribunal de la Inquisición, un grupo de súbditos extranjeros que se reunía en Cádiz.

En 1772, unos soldados holandeses de la Guardia Walona de Su Católica Majestad el Rey de España, constituyeron una logia, en Madrid, por mediación de "La Discrète Imperiale" de Alost, dependiente del Gran Maestre Provincial de los Países Bajos. Según los procesos inquisitoriales que se incoaron en aquella época los masones que había, en la España del siglo XVIII, eran en su mayor parte súbditos extranjeros, iniciados en sus respectivos países, que estaban sólo de paso, y que desconocían muchas veces, incluso, la prohibición que pesaba sobre la Masonería en los territorios de la Corona Española.

Napoleón propició la creación de logias masónicas en todo su imperio, utilizándolas como un instrumento político favorable a sus propios intereses. Aunque nunca perteneció a la Orden, todos los miembros de su familia se iniciaron en la Masonería, y llegaron a alcanzar puestos preeminentes. Es el caso de su hermano José, que fue proclamado rey de España, tras la invasión de las tropas francesas en 1808. Una vez instalado en Madrid, José I, y los jefes del ejército francés difundieron por todo el país las ideas de la Revolución Francesa.

Prueba de esa relación es el discurso pronunciado en la Logia de "San José", el 27 de noviembre de 1809, al inaugurarse la Gran Logia Nacional de España, por el Hº Ferreira, Venerable de dicha Logia y Gran Representante del Gran Maestre, con las siguientes palabras: *«Finalmente, encaminándose única y esencialmente nuestras instituciones a fortificar todas las virtudes, a disipar los errores del fanatismo, a propagar el amor a nuestros semejantes, a predicar la sumisión a las leyes y aficionar y unir*

a los súbditos a su Soberano, daremos fin a la inauguración de la nueva Logia Matriz con un solemne homenaje al rey amado, cuyo nombre tiene; y el soberano capítulo deliberará si será conveniente nombrar una comisión encargada de llevar a los pies del trono la declaración de los principios que animan a todos los miembros indistintamente, tales cuales acabo de enunciarlos. Quizás no sea compatible el paso que propongo con el acceso a S. M.; pero un Príncipe que ha creído honrarse con tener el primer martillo de la Orden en Francia, por lo menos apreciará los quilates de nuestro entusiasmo, y en él verá y leerá los votos que todos hacemos por la prosperidad de su reinado y por la conservación de su Augusta Persona. ¡Viva José Napoleón!».

En 1809, a la vez que fueron suprimidas la Inquisición y algunas órdenes religiosas, nacieron diversas logias masónicas en San Sebastián, Talavera de la Reina, Barcelona, Vitoria, Madrid, Santander, Salamanca, Girona, Figueras, Santoña, Sevilla y Zaragoza. Estas logias pertenecían al Gran Oriente de Francia y estaban integradas exclusivamente por miembros del ejército napoleónico.

La participación de españoles , – la mayoría de ellos “afrancesados” –, se inició definitivamente con la creación de siete logias madrileñas, entre las que sobresalieron las logias “San José” y la “Beneficencia de Josefina” y dos logias manchegas, en Almagro y Manzanares, impulsadas por Murat y José I. Las primeras logias masónicas españolas basaron su actuación en la lucha contra las secuelas de la Inquisición: el fanatismo, la superstición y la ignorancia; y pusieron todo su esfuerzo en la difusión de las ideas de la Revolución Francesa, como el racionalismo y la libertad. Estas logias fueron el primer núcleo organizado de la Masonería, y constituyeron la Gran Logia Nacional de España. Pero fueron desapareciendo a medida que las tropas francesas abandonaban el territorio español en 1813.

Los españoles que se opusieron a Napoleón , – denominados “patriotas” –, rechazaban frontalmente a la Masonería. Entre ellos había también liberales, a pesar de que coincidían con los masones en muchos

de sus planteamientos ideológicos. Otros eran partidarios de mantener a España en el Antiguo Régimen, y por lo tanto eran contrarios a los ideales de libertad.

De todas formas, unos y otros, terminaron por rechazar la Masonería porque la identificaban con el dominio francés. Ello produjo que mientras en la España de José I proliferaran las logias, en la gobernada por las Cortes de Cádiz se atacara a la Masonería.

Superado el trienio constitucional por la victoria de Fernando VII, se desarrolló un intenso combate contra la incipiente Masonería española. El régimen absolutista se orientó de una manera decidida contra el constitucionalismo, el liberalismo y la masonería. Al mismo tiempo que desaparecían las logias creadas por militares franceses al abandonar el territorio español, se cerraron las que habían constituido la primera Gran Logia Nacional de España.

Este movimiento represivo se acentuó a partir de enero de 1815, en que restablecida la Inquisición, un edicto de Fernando VII prohibía y condenaba la masonería. Y a este edicto siguieron múltiples disposiciones legales antimasónicas. La policía y la Inquisición colaboraban estrechamente en la persecución contra los masones.

«El Rey D. Fernando VII, y en su ausencia [...] el Consejo de Regencia de España é Indias [...] Siendo uno de los más graves males que afligen á la Iglesia y á los Estados la propagación de la secta Francmasónica, tan repetidas veces proscrita por los Sumos Pontífices y por los Soberanos Católicos en toda Europa, y contra cuyos sectarios expidió el Señor Rey D. Fernando VI, de gloriosa memoria un Real Decreto, con las reglas y modo de proceder de los jueces que los aprehendiesen, conviniendo para el bien espiritual de los fieles y la tranquilidad de los pueblos evitar con la mas escrupulosa vigilancia la reunión de semejante clase de gentes [...]; He resuelto, habiendo oído á mi Consejo de las Indias, y lo expuesto por mi Fiscal [...], ordenar y mandar que todos los Jueces que exercen en esos dominios la Jurisdicción Real ordinaria, y con derogación de todo fuero privilegiado, con inclusión del militar, procedan

contra los expresados Francmasones, arrestando sus personas y aprehendiéndoles los papeles que se les encontraren».

Los masones como, también, los liberales debieron emprender el duro camino del exilio. El desconcierto y la debilidad hizo que la mayoría de las logias españolas existentes acudieran en demanda de auxilio a los Grandes Orientes extranjeros. La mayor parte se anexionaron al "Grande Oriente Lusitano Unido"; otras al "Grande Oriente de Francia", al "Grande Oriente de Italia", y, las menos, a la "Gran Logia de Inglaterra", y al "Grande Oriente de Bélgica".

Esta situación de ilegalidad y persecución que prácticamente duraba desde la llegada de Fernando VII a España, salvo el breve periodo del trienio liberal (1820-1823), hace que resulte bastante difícil reconstruir la historia de la masonería española de esta época y más difícil aún el que queden datos fehacientes de su actividad clandestina durante esta época.

Pero para hacerse una idea exacta del protagonismo de Fernando VII en la acción persecutoria de la Masonería española, basta leer una carta suya dirigida a Francisco Eguía, secretario de Estado y del despacho de Guerra, fechada el 19 de noviembre de 1817, con el que diez años después se vería las caras el tercer Conde de Carnarvon al ser sometido a un interrogatorio. Fernando VII escribe:

«Eguía: No habiendo la menor duda en que se hallan establecidas las Logias Francmasónicas en las ciudades de Cádiz, Coruña, Córdoba, Málaga, Valencia, Granada, Cartagena, Valladolid, Zaragoza, y las Villas de Bilbao y esta Corte, como igualmente que muchos de sus individuos pertenecen a la clase militar; conviene que con la mayor reserva des las órdenes más estrechas y terminantes a las personas que merezcan tu confianza en cada uno de los puntos referidos, para que con la misma reserva vigilen toda clase de reuniones, con especial encargo de que te den cuenta de todo lo que puedan indagar acerca de este asunto, para mi soberana resolución».

Así estaba el ambiente en España cuando, en 1827, el tercer conde de Carnarvon, hijo de un aplicado fundador de logias inglesas, no se le ocurría mejor cosa (según su versión) que dedicarse a hacer turismo por las tierras donde campaba la Inquisición a la búsqueda del menor indicio de un mandil o una escuadra.

Motivos muy justificados tendrían que haber obligado a ese hombre a abandonar su dulce campiña inglesa, para recorrer un país donde se sentía vigilado y despreciado, y al que de paso (otra contradicción) él tampoco profesa demasiada simpatía.

¿A qué vino a España, no sólo una sino dos veces, el Conde de Carnarvon? ¿Qué motivos inconfesables le movían a desplazarse hasta un país en el que podía pasarse el resto de su vida encarcelado?

Estamos de acuerdo que a lo largo de la historia los ingleses se han distinguido por su arrojo a la hora de viajar a las zonas más inhóspitas del mundo, convirtiéndose en auténticos pioneros en territorios que jamás antes habían hollado los pies de un occidental. Pero no olvidemos, que pasados los años, y filtradas las narraciones de su carácter heroico y excesivamente filantrópico, el tiempo descubre actividades de espionaje o de puro expolio comercial tras las legendarias figuras de muchos exploradores.

Las contradicciones que se observan en el libro que el Conde de Carnarvon escribió tras su segundo viaje a España, publicado en 1830, se unen por fin a una prueba única sobre sus verdaderas intenciones. España era un país peligroso, pero nadie espera encontrar ranas en el desierto. Carnarvon era una rana que saltaba entre las ardientes arenas de Oriente y su verde y húmedo césped de Inglaterra. Lo que nos importa, en realidad, es lo que llevaba en el buche.

CARNARVON Y LAS NOTICIAS DE EGIPTO

Hace apenas medio año me encontraba en Inglaterra siguiéndole el rastro, precisamente, a una espada de las que Napoleón había mandado fabricar para cada uno de los miembros del Instituto de Egipto. De una belleza refinada, con dibujos egipcios en el mango y la hoja, aquella espada que aparecía a la venta en Internet se había convertido en un caro pero merecido capricho por el que estaba dispuesto a pujar. Por desgracia, la operación no salió tan bien como yo esperaba, debido fundamentalmente a la poca profesionalidad y menos decencia aún de algún que otro anticuario.

Pese a todo, no estaba dispuesto a desaprovechar el viaje, y dado que estaba en Londres me decidí a darme un paseo en coche hasta Newbury, donde se halla el Castillo de Highclere, la residencia de los condes de Carnarvon. Mi intención era visitar la lujosa mansión y entrevistarme con el octavo conde que reside en ella; sin embargo, el caballero resultó ser todo menos un entusiasta de su historia familiar (es más confesó que nunca se había interesado por ello).

De lo que sí estaba enterado, en cambio, era de un secreto escondite que estaba en boca de todos los egiptólogos y aficionados desde hacía casi un siglo, ese tabique hueco que al parecer guardó algunas de las piezas valiosas y, hasta el presente desconocidas, que su bisabuelo se apropió de la tumba de Tutankhamon. Y bien enterado y harto que debía estar del tema que me despidió con cajas destempladas, mientras su dulce esposa me miraba con el mismo entusiasmo del último un arenque ahumado de una lata.

Estaba pensando ya que aquel no era mi día cuando, al regresar a Londres para cenar con un amigo, me encontré con que se había

añadido otro comensal a la mesa. Casualidades de la vida, al escucharme mencionar el sitio de donde venía, prorrumpió en una serie de gestos de estupefacción. Resultó que él era descendiente directo de Antonio, el criado que Carnarvon había contratado durante su segundo viaje por España. Tan buenos habían sido los servicios de este hombre al conde, que había decidido llevárselo consigo a Inglaterra y ahí estaba él, un descendiente completamente inglés, que no entendía una palabra de español, dejando aparte los tópicos de “paheía”, “festa” y “rial-madrit”.

Al parecer, el criado Antonio había aprovechado la oportunidad y con los años acabó prosperando, llegando a tener su propio negocio algún tiempo antes de fallecer.

Aquello era increíble, en el mismo día me encontraba con dos descendientes de la misma historia, aunque alejados por el avatar de las generaciones. Fue entonces cuando me vino a la cabeza una escena del libro de viajes del tercer Conde de Carnarvon en la que menciona la gran complicidad que le une con su criado.

Detenido el Conde en Lugo bajo las sospecha de “negro” (masón) y, por tanto, liberal, fue trasladado hasta Santiago de Compostela donde debía presentarse ante el Capitán General de Galicia, el anteriormente citado Francisco Eguía. Y es aquí donde aparece otro de los extraños comportamientos del viajero inglés que sólo se molesta en explicar por encima. Al parecer había guardado unos papeles cuyo contenido no menciona, pero que debía ser comprometedor, en el interior de un viejo colchón que llevaban para que no fuese detectados por los soldados que les vigilaban. De pronto, se da cuenta de que los agentes de Santiago seguro que son más astutos y revisan el interior del colchón. También por unos papeles, -al decir del conde simples apuntes históricos sobre Pedro el Cruel-, había sido detenido en Coruña y parece que no quiere correr el mismo riesgo.

Se establece entonces un diálogo por señas con su criado Antonio, hasta que finalmente, y en un descuido de los guardianes, consigue decirle que antes de llegar a Santiago los guarde entre el heno que les

daban a las mulas.

¿Qué ocultaban aquellos papeles, al parecer tan fútiles, que tanto inquietaba al conde el que pudiesen ser hallados? La misma pregunta le hice al descendiente del criado Antonio, más como una broma, que esperando recibir una respuesta. Contrariamente al retoño de la nobleza, el descendiente del vasallaje si estaba interesado por la historia, e incluso mucho más por la de su familia. Asistí asombrado a una contestación directa y sin medias tintas: “Eran cartas de presentación de logias masónicas”.

No pude evitar mi asombro, pero lo que ya resultó el colmo para mi pasmado cerebro, fue el enterarme que una de esas cartas todavía existía. Por un descuido increíble, se había quedado atrapada en la doblez del viejo colchón y ni el conde, ni el criado, ni los agentes cuando lo registraron a conciencia en Santiago de Compostela habían reparado en ello.

Allí estuvo gran parte del viaje del Conde, hasta que finalmente fueron expulsados de España y se trasladaron a Portugal. Donde un día sería descubierta por casualidad por el criado y como el conde nunca se la reclamó, terminó por quedarse con ella.

El tercer conde de Carnarvon había llegado a España, a bordo del barco “Duque de York”, desembarcando en el puerto de La Coruña. Desde el primer momento, fue vigilado por las autoridades. Nadie comprendía que hacía un inglés refinado en aquella España destrozada por la guerra, sumida en la miseria, y donde el odio entre liberales y realistas estaba a flor de piel. Pero menos aún comprendían su interés por visitar puertos como el de Ferrol o el de Coruña, con escaso movimiento comercial, y que llevaban a las autoridades a pensar que la intención de Carnarvon era espiar nuestro potencial naval.

Sobre esos desplazamientos a parajes no siempre atractivos a la vista, le interrogaría en Santiago de Compostela el astuto Capitán General Eguía, que tampoco comprendía como las cartas de

presentación que le habían confiscado al detenido, aducían unas que viajaba por imperativos de enfermedad y otras que esperaba explorar a caballo las bellezas naturales de Galicia. A Eguía, completamente informado de los lugares y personas que había visitado Carnarvon, no le convencía que un hombre que venía a reponerse de la salud se hubiera metido por terrenos difíciles, a caballo, para visitar a algún amigo o contemplar un paisaje. Tampoco le encajaba la explicación de Carnarvon del fortuito encuentro en el puerto de La Coruña con un súbdito inglés amigo suyo, un tal lord Clements, y que ambos decidieran en vez de visitar una taberna para celebrar el encuentro, visitar el arsenal y las fortificaciones de la ciudad. Por último, y más sospechoso, había sido la conducta del cónsul al empeñarse en viajar en un barco pequeño hasta Gijón, un puerto lejano, de difícil acceso en aquella época y sin más interés que como zona de desembarco. El conde Carnarvon no contestó nada, aunque en su libro trata de restar importancia a las preguntas de Eguía, atribuyéndolas a un exceso de confianza por parte de los españoles.

Lo cierto es que no sé si mis compatriotas de aquella época eran demasiado exagerados en su prevenciones, pero estoy seguro que si no se llega a tratar de un noble inglés, por mucho menos le habrían dado "candela".

Yo seguía de todas formas prendado del misterio de la carta y no quería dejar la oportunidad de verla. Sin embargo, el inesperado comensal me explicó que no la tenía, se conservaba, entre otros objetos de familia, en casa de sus abuelos. Lo cierto, aclaró, es que su familia conservaba muchos recuerdos porque nunca tiraban nada; quizás por esa procedencia de una clase humilde, como su antepasado Antonio, que no había tirado el raído colchón y eso había supuesto el hallazgo de la carta.

Ya de vuelta en España, a los pocos días recibía una carta con una

dirección nada familiar. La enviaba el descendiente del criado Antonio, ya que mi amigo le había facilitado mi dirección. En el interior, junto a una nota con los correctos saludos de costumbre y la solicitud de que no facilitara a nadie su dirección, pues no estaban dispuestos a desprenderse de ninguno de sus recuerdos, figuraban dos fotocopias de lo que parecía ser una carta manuscrita a pluma. Estaba escrita en francés y la descuidada caligrafía me supuso varios días de esfuerzo para descifrarla.

En otras cosas, pude llegar a interpretar que la carta hablaba de instrucciones precisas sobre la búsqueda de puertos donde poder descargar un delicado y cuantioso cargamento. Cargamento que debería ser repartido en lotes más pequeños a su llegada y transportado hasta lugares seguros que aparecen con nombres clave y que no he podido relacionar con ningún lugar real de la época.

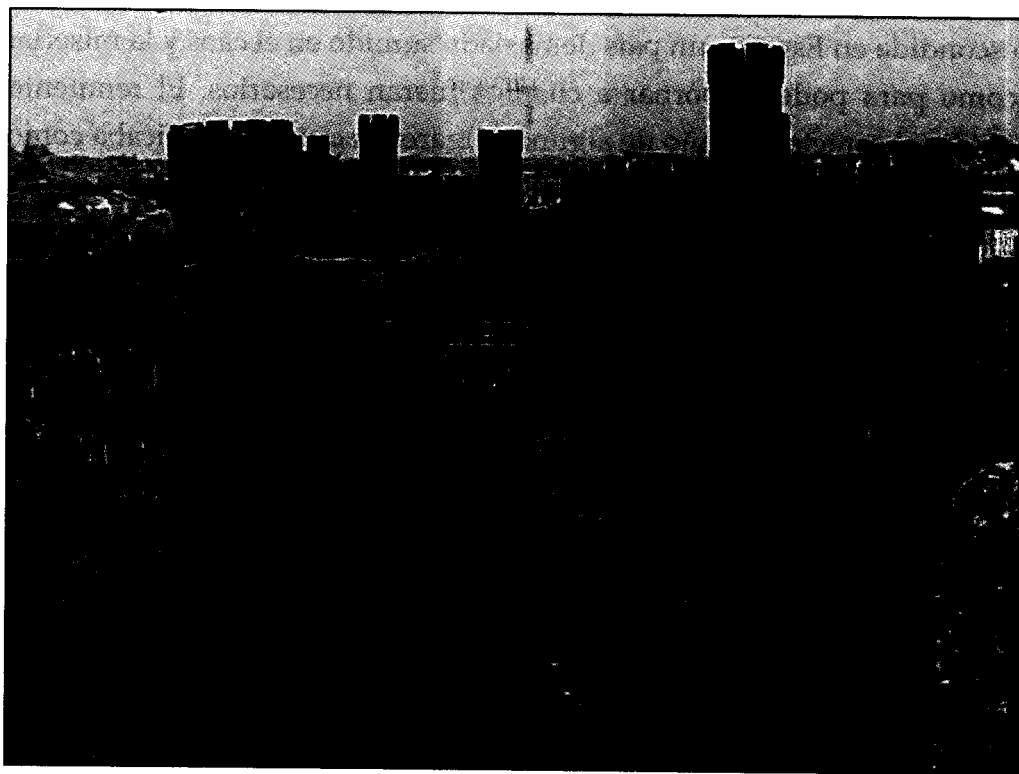
Al parecer, aquella misteriosa carga estaba destinada a ser escondida en España, un país demasiado sumido en el caos y la miseria, como para poder sobornar a cuantos fueran necesarios. El remitente aludía al carácter huraño de algunos lugareños que se dulcificaba como la miel ante la vista del oro.

Pero lo que más me sorprendió de la carta fue quien la firmaba, Auguste Kléber. Era el mismo nombre del general masón que había acompañado a Napoleón en su expedición a Egipto. Pero no era posible que aquel hombre hubiese vivido tanto como para enviarle una carta a Carnarvon en la fecha de la que estábamos hablando. Sólo unos días después, y casi por casualidad, descubriría, casi inapreciables, los rasgos de una fecha en la carta. Pasé las fotocopias por el escáner del ordenador y oscurecí la imagen hasta que puede leer la fecha completa.

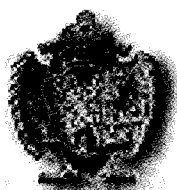
No podía creerme lo que estaba viendo. Era de septiembre de 1798, dos meses después de que Napoleón llegara a Egipto; y Kléber ya estaba preparando el reparto clandestino de los tesoros que habían encontrado. Y la carta probablemente había sido destinada al segundo conde de Carnarvon, pero al final se había encargado el hijo. ¿Qué

validez tenía aquella carta después de tantos años? ¿Volvía el conde a recoger los tesoros que su padre había escondido años antes en distintos sitios de España, y que en ese momento sus nombres en clave delataban su posición? Tesoros extraídos de las tumbas de los faraones y que a lo mejor en ese momento era necesario sacar algunos para venderlos y así financiar a la reprimida masonería española. ¿Era eso lo que buscaba Carnarvon en sus excursiones por caminos inusuales?

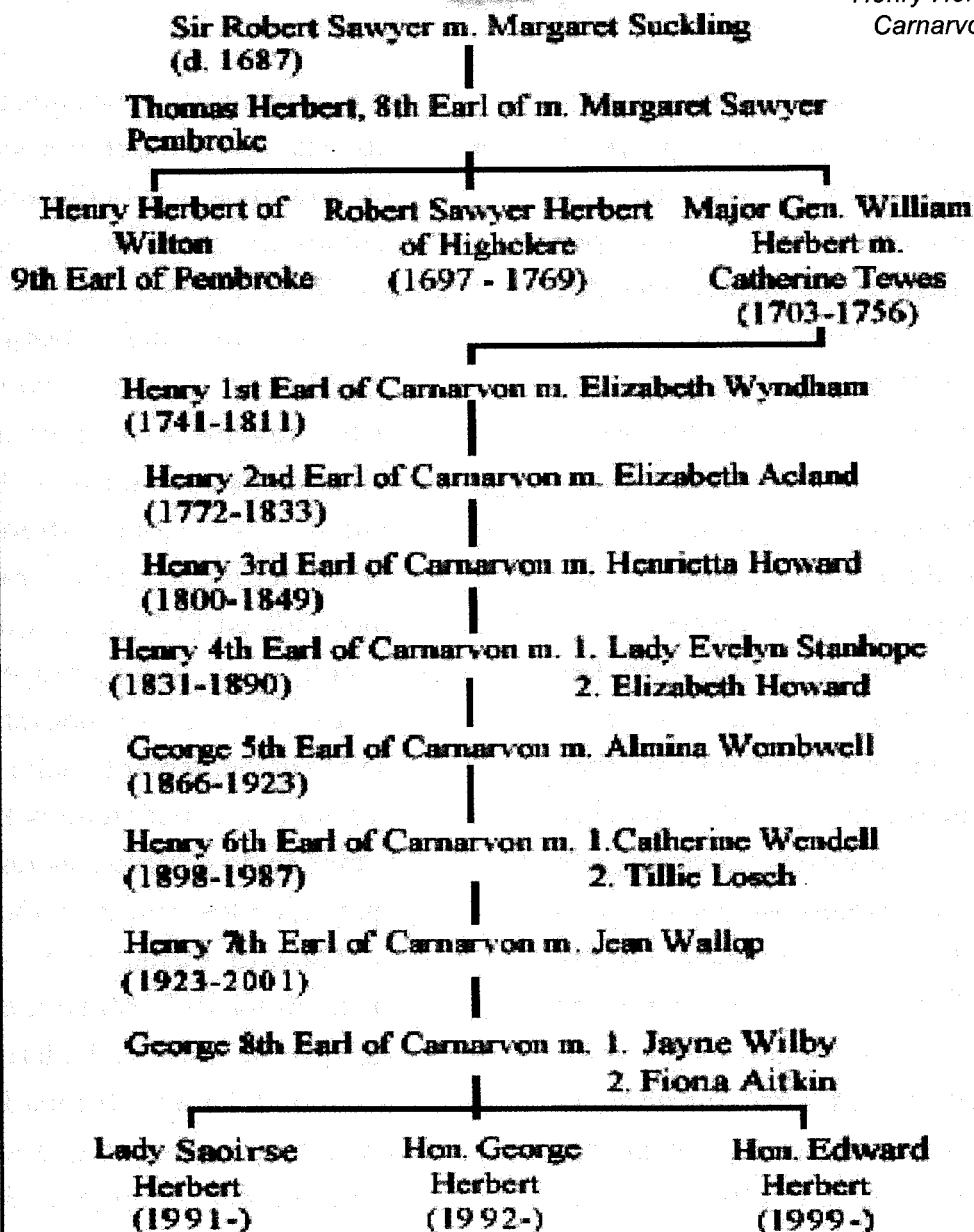
Posiblemente, el que sería su nieto, el famoso Lord Carnarvon, descubridor junto con Howard Carter de la tumba de Tutankhamon, no se sintió tan impresionado como pensamos. Incluso, puede ser que aquellos objetos figuraran en el lote perteneciente a un nombre clave en la carta que su abuelo dejó olvidada y que rescató un criado.



Castillo de Carnarvon en la época actual.



Henry Herbert
Carnarvon.



Árbol genealógico de la familia Carnarvon.

EPÍLOGO

Es difícil acceder a uno de los escasos ejemplares de época que se conservan de "Los viajes por la península Ibérica" escritos por Herbert Henry George, tercer lord Carnarvon. Nos referimos a las ediciones completas. Incluso son piezas extremadamente raras entre los generalmente bien abastecidos anticuarios de libros ingleses. Lo que si recomendamos al lector interesado es que caso de querer leerlos directamente lo haga en la edición de 1848. Las restantes, tanto anteriores como posteriores (que no sigan literalmente a la de dicha fecha) tienen omisiones e incluso alteraciones, seguramente intencionadas, que no permiten apreciar en todo su contexto lo extraño de algunos de los sucesos que narra. Dicha edición fue corregida por el propio lord unos meses antes de su muerte acaecida en 1849, por lo que seguramente podría considerarse algo parecido a un testamento en cuanto a sus extrañas andanzas por nuestra patria y en ellas podrían encontrarse (para un detective de la Historia lo suficientemente hábil o para quien supiera la clave) las posibles indicaciones que insinuamos en este libro y que pudieron ser decisivas en el empeño de su descendiente, el más famoso de los lores de Carnarvon, que ya en los primeros años del siglo XX financió las expediciones de Howard Carter hasta el extremo de ser considerado codescubridor de la tumba de Tutankamon. Son claves seguramente más de contactos, que de esos peliculeros "planos de tesoro" que no suelen darse en la realidad. Para el aficionado a la investigación de estos apasionantes temas le informamos que en España, que nosotros sepamos, solamente se han editado en los años 60 del siglo XX un resumen de dichas obras, por lo demás bastante breve. En inglés pueden encontrarse las ediciones que citamos, la de nuestra

fuelle es una de finales del XIX cotejada con una primera edición original de 1848.

En todo caso cualquiera de las ediciones desprende claramente esa pertenencia y continuidad a la masonería que al parecer fue tan decisiva en el nacimiento de la egiptología.

